

CORRIDOS DEL DESTIERRO

JUAN SEBASTIÁN TORRES LAVAO

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito parcial para optar por el  
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
Facultad de Ciencias Sociales  
Carrera de Estudios Literarios  
Bogotá D.C., Abril de 2019

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavón

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Juan Felipe Robledo Cadavid

DIRECTORA DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Liliana Ramírez Gómez

DIRECTORA DEL TRABAJO DE GRADO

María Piedad Quevedo Alvarado

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

## AGRADECIMIENTOS

A la mamita, por toda la vida

Al papá, por la convicción

A la hermana, por el hogar

A Maco, por la conspiración

A María Piedad, por la pregunta

Al CESYCME, por la complicidad.

## TABLA DE CONTENIDO

- 1.** Bitácora de los *Corridos del destierro*
  - 1.1.** Mi llegada y los que llegaron
  - 1.2.** Fantasmas y fantasías
  - 1.3.** El narrador combatiente
- 2.** Corridos del destierro
  - 2.1.** El negro
  - 2.2.** Ángela
  - 2.3.** Corrido del que se ausenta
- 3.** Bibliografía

## BITACORA DE LOS CORRIDOS DEL DESTIERRO

*Nuestra rebeldía es nuestro NO al sistema.*

*Nuestra resistencia es nuestro SI a otra cosa posible.*

**EZLN**

### **Mi llegada y los que llegaron:**

La primera vez que visité la zona veredal Jaime Pardo fue en abril del 2017. Los guerrilleros estaban recién llegados, apenas acoplándose a una vida que se resistía a ser imaginada. El acuerdo firmado en La Uribe, las conversaciones fallidas con Samper y Gaviria, El Caguán y la silla vacía, y que el nuevo emisario fuera el ministro de defensa del gobierno que vivió los falsos positivos, eran experiencias que tenían peso en la memoria del guerrillero, que sembraban la duda sobre el buen desarrollo del proceso.

En esa primera ocasión tuve la oportunidad de hablar con varios combatientes. Aún se asustaban por el paso de un avión, porque el sonido de las turbinas siempre traía la promesa de un bombardeo. Muchos me comentaron que esperaban un lugar dispuesto para su estadía, como era lo pactado, con baños, con un techo en donde meterse. Nada de eso ocurrió. Se encontraron con un terreno baldío, en una esquina de un potrero de la vereda de Colinas, zona rural del Guaviare. Pero eso no era motivo para retroceder, igual, habían vivido en la selva durante mucho tiempo, valía la pena respaldar las decisiones del secretariado y aguardar. Eso sí, lo hicieron con algo de recelo. Los primeros días esperaron

adentro, se ubicaron en la frontera entre el potrero y la mata, encaletados por precaución, en ese límite que aún entregaba una pisca de seguridad. Así me los encontré.

Yo acompañaba a mis compañeros del CESYCME<sup>1</sup> a presentar un documental “El retorno de las Gaviotas” y un libro de relatos “El vuelo de las gaviotas”<sup>2</sup>, a los guerrilleros y a dos comunidades invitadas, primas/hermanas en conflictos, dolores y alegrías: Puerto Concordia y Puerto Gaviotas, ubicadas al sur del Meta y al occidente del Guaviare.

### I. Encuentro entre las comunidades y los combatientes



Foto tomada por Luis Fernando Gómez

Cuando finalizaron los eventos, una sensación rondaba en el espacio, un sentir buscaba pasos que quisieran sumarse: Ahora la apuesta era conjunta, las dificultades que aquejaba a

---

<sup>1</sup> Centro de estudios sociales y culturales de la memoria, CESYCME, es un semillero adscrito a la universidad javeriana, que reúne jóvenes investigadores de distintas carreras y tiene como objetivo alimentar procesos organizativos desde el trabajo con la memoria transformadora.

<sup>2</sup> Documental: <https://www.youtube.com/watch?v=963sA1WRsaY>, libro: <http://www.centrodehistoria.gov.co/informes/publicaciones-por-ano/2018/el-vuelo-de-las-gaviotas>

los unos y a los otros era compartida. La necesidad de afianzar lazos, de construir de manera que los unos incidieran en el proceso de los otros para tejer un músculo afectivo que tuviera la fuerza de construir otro mundo, era impulsada en el espacio de socialización por el recuerdo de personas que habían muerto a manos del ejército y de paramilitares, por defender la tierra en que vivían. Esa idea agarraba fuerza cuando se miraban a las caras y se sabían de un origen común y se daban cuenta que el otro tenía una historia prima/hermana de la propia.

En el espacio donde se compartía el ejercicio de memoria de Puerto Gaviotas, con los combatientes y las comunidades, se condensaba la necesidad histórica que alimenta los motivos para organizarse en contra del despojo y la violencia, en esa tierra que no ha parado de sacudirse, de convulsionar enferma por el sonido de los fusiles y el estallido de las bombas, tierra que no se ve librada de males y, que en estos momentos, mientras el lector recorre estas palabras, se ve acosada por las llamas que buscan extinguir la alta Amazonía para abrirle campo al monocultivo y a la ganadería extensiva. Esta necesidad no era producto de la casualidad, sino que respondía a una historia compartida de destierro.

Casi todos los combatientes que yo conocí, con los que tuve oportunidad de sentarme y hablar, eran hijos de esa tierra donde limita la región Amazónica y el Orinoco, y otros tantos venían del Pacífico. Todos compartían el mismo origen, eran hijos del destierro. En sus trabajos literarios y sociológicos, Alfredo Molano expone las condiciones históricas que hicieron que esta zona de Colombia se poblara. Él identifica tres grandes migraciones: La primera sucede en los tiempos de “la primera violencia”, después del 9 de abril de 1948. El partido conservador, amangualado con las fuerzas militares y los civiles armados, los



pájaros, convulsionan distintas partes del país con su arremetida de muerte y desplazan a miles de campesinos liberales que, entre 1953 y 1955 se ven “atraídos por el ambiente de paz, la fama del llano y los auxilios del gobierno. Unos habían combatido contra el conservatismo no sólo en el Casanare o el Meta, sino en Boyacá, el Tolima o el Valle; otros habían sido expulsados económicamente o políticamente, de las cordilleras” (285).

La segunda gran migración ocurre después de los años 70's, tiene como foco la reserva de la Macarena y se da por dos grandes motivos: El primero es el fracaso del proyecto colonizador en el Ariari, apoyado por el gobierno de turno: Sus incentivos y subsidios se comportaron en el escenario como un arma de doble filo, porque no cumplieron el objetivo, que era evitar la descomposición del campesinado, sino que, por el contrario, la aceleraron. “El crédito, las vías y las mejores condiciones sanitarias, permitieron incrementar el ritmo de adecuación de tierras, pero como el apoyo fue limitado, la bancarrota se abrió camino necesariamente dando oportunidad al ingreso del contingente empresarial, que entró inmediatamente a ser impulsado por los programas oficiales” (291). El gobierno de Alfonso López Michelsin le da continuidad a un proyecto de ayuda al campesinado bajo la figura del INCORA, pero se queda corto al momento de dar respuesta a las demandas que exige el territorio y las oportunidades, que en un primer momento estaban pensadas para facilitar el trabajo en el campo, terminan por darle un golpe de muerte al campesino, porque las ayudas favorecen a los grandes terratenientes. El segundo motivo es una calca del primero, la violencia. Campesinos desterrados del Caquetá, de San Vicente de Chucurí, de Yacopí, del sur del Tolima y del Cauca, que llegan a estas tierras porque los enfrentamientos entre el ejército y la guerrilla y la expansión agro-empresarial, les roba la oportunidad de vivir en su tierra (Molano 299).

Y la tercera gran migración se produce a mediados de los 80's por el auge de la coca: "Esta nueva ola de migración estaba compuesta por campesinos pobres de zonas andinas, por colonos arruinados de la misma región, por jornaleros de las áreas de agricultura comercial y, por primera vez, por desempleados y rebuscadores urbanos de las más heterogéneas condiciones sociales y económicas" (302). Desde el trabajo realizado con el CESYCME, en Puerto Gaviotas, puedo dar cuenta de una migración que no está en las reflexiones de Alfredo Molano. A saber, la migración afro. Colonos venidos del pacífico que desde los años 70's hasta los 90's pusieron una cuota importante de personas en las tierras del Guaviare y del Meta.

Todos estos migrantes llegan a tierras donde sólo los indígenas saben habitarlas. Y el colono, que no busca habitar la tierra como indígena sino que busca producir su sustento económico del trabajo con la tierra, se ve enfrentado al reto de hacer una zona agraria en un lugar que no está dispuesto para eso, situación que facilita el arraigo de las FARC en estas zonas: El colono "ha roto con las formas tradicionales de adhesión a la tierra para abrirse paso en un empresa llena de incertidumbres que le exige, a su vez, desarrollar su iniciativa, fortaleza, imaginación y capacidad adaptativa que lo hace potencialmente más apto para construir nuevas formas de relacionamiento y sociabilidad política" (Beltrán 90).

## **Fantasmas y fantasías:**

El acuerdo de paz firmado en la Habana se perfilaba como la esperanza política que iniciaría el camino para saldar la deuda histórica del gobierno nacional con los desterrados. Y yo, a lo largo de este proceso de ensamblar relatos y visitar a los combatientes, pude ser testigo del pulso de emociones que sufrían en relación con esta esperanza: Por un lado estaba el anhelo de creer que había llegado el momento de consolidar un ejercicio de resistencia sin armas, por el otro estaba la incertidumbre de sospechar que al entregarlas el gobierno se pasaría por la galleta el acuerdo; por un lado estaba el cansancio acumulado de muchos años, por vivir tanto tiempo en la mata huyendo de las bombas y de las balas y por el otro estaba la preocupación de sentirse presa fácil para los paramilitares; por un lado estaban las ganas de construir una vida alrededor del trabajo con la tierra, de retornar a la pica y azadón, y por el otro lado estaba el fantasma de la zozobra que generaba la coyuntura política del país, con las elecciones presidenciales del 2018, con el asesinato sistemático de líderes sociales, con el hostigamiento jurídico por parte de la extrema derecha a la JEP y con el número de combatientes asesinados después del acuerdo de paz, que este momento suman 128 vidas<sup>3</sup>. Y entonces empezó a pasar el tiempo y el pulso de emociones empezó a ceder en favor del miedo.

El paso de los días devolvió al fantasma que se creía enterrado y su presencia empezó asechar la cotidianidad del combatiente, como lo hace un alma en pena que busca al vivo para decirle que aún no descansa en paz, que aún no está muerto. La muerte, la traición y la

---

<sup>3</sup> Fuente: <https://www.telesurtv.net/news/farc-denuncia-128-asesinatos-de-excombatientes-tras-acuerdo-de-paz--20190415-0034.html>

miseria eran las caras del fantasma que llegaba a anunciar su cercanía cuando informaban de la muerte de otro combatiente, o se sabía que alguno de los máximos dirigentes abandonaba el proceso de paz, o no había modo de sacar a las ciudades lo cultivado y se podría.

La coyuntura política del país dejaba huérfana la esperanza de un cambio con la subida de Duque al poder, y se la entregaba en bandeja de plata a los fantasmas. Y fue esta presencia la que empezó a marcar el rumbo de los distintos espacios territoriales de capacitación y reincorporación (ETCR). Cuando comenzó el proceso de paz, en la zona que conocí, había 482 combatientes y en este momento se cuentan menos de 280 personas. Algunas cifras hechas a la ligera por la ONU<sup>4</sup>, informaban que el 55% de los combatientes que iniciaron el proceso de paz abandonaron las zonas, y téngase presente que fue una cifra del 2017.

En los relatos de este trabajo, parecidos a un diario de viaje, reconstruyo las situaciones en las que se ve rodeado el campesino para que su ingreso a las FARC sea posible. Todas son atravesadas por un elemento en común: las pocas oportunidades que brindaba la situación para ser, esto quiere decir, la limitada capacidad de agencia que tenía la persona frente a las situaciones que lo interpelaban, porque el movimiento de la voluntad estaba limitado por la presencia del horror que produce la guerra y de la miseria. Ellos volvían a la vida civil con la expectativa de poder trabajar con la tierra y con la gente para buscar la dignidad campesina, o que al menos el Estado brindaría las garantías para ejecutar lo pactado. Pero no fue así, en su regreso se encontraron con una situación que, mientras estuvo Santos, fue

---

<sup>4</sup> Fuente: <https://www.notimerica.com/politica/noticia-colombia-onu-dice-55-ex-guerrilleros-farc-abandonado-campamentos-reincorporacion-20171121215021.html>

soportable, pero que se hizo intolerable cuando Duque subió al poder. Fue como si ese “tal acuerdo de paz” nunca hubiera existido. Yo fui testigo de cómo la fantasía de la paz se fue desmoronando. Los días fueron quitándole la máscara a la apuesta del gobierno: No Estaba encaminada a brindarle garantías de una vida digna al campesino, sino que buscaba transformar la manera en como el combatiente practicaba el espacio<sup>5</sup>.

En este sentido el acuerdo de paz, para el gobierno de Santos, fue una agenda política para dominar las experiencias que no le eran funcionales a sus proyectos económicos y políticos; sería de otra manera si lo pactado se hubiera cumplido, pero no fue así. Fue una fábrica por la que se pasó el cuerpo del combatiente para crear disposiciones pasivas que tuvo varias etapas de producción: La primera fue construir un relato de paz enmascarado. Esta situación posibilita el encuentro para el diálogo de dos partes antagónicas, y da como resultado un itinerario de la paz con unos pasos a seguir, con un mapa donde se aglutinan en 23 zonas veredales a todos los combatientes y se les propone que vivan ahí, sustentados por una bancarización de dos años. Al hacer esto se desmiembra una estructura orgánica, se corta la comunicación vertical de las FARC, se fragmentan sus relaciones comunitarias y al mismo tiempo se delimita el terreno donde pueden moverse. Es el primer paso para iniciar

---

<sup>5</sup> Para De Certeau el espacio es una circunstancia que se construye con las interacciones que tienen lugar en tal o cual coordenada, es un momento que está animado por las relaciones que tienen lugar en él. Siguiendo esta idea, considero que el gobierno de Santos, al crear un mapa de la paz, facilita la regulación de las actividades que tienen lugar en el espacio del Guaviare. Este poder lo adquiere cuando construye un relato institucional de la paz, que se sobrepone al relato del desterrado. En este sentido "no hay espacialidad que no organice la determinación de fronteras" (135), porque el relato que se sobrepone tiene la capacidad de difuminar las relaciones históricas que la persona construye con su entorno, esto quiere decir, que le reconstruye límites al movimiento cuando lo acopla en sus marcos de legalidad. El estado regula los espacios para hacer posible sus planes de monopolizar el poder y lo hace bajo la máscara de la apertura democrática. Su forma de proceder no es nada nuevo, ya que “el régimen político colombiano, que manteniendo las formalidades democráticas ha ejercitado, por más de medio siglo, un terrorismo de estado basado en el combate — por las vías tanto militares como judiciales — de un supuesto enemigo interno en el que se incluye toda forma de disidencia; que busca infundir miedo entre la población para que se acepte una injusta y excluyente estructura social” (Beltrán 31).

la operación que busca incrustar en la experiencia del combatiente el hábito del neoliberalismo, cuya característica principal es ser “una máquina de transformar lo colectivo en individual. La imagen neoliberal del mundo es la de individuos aislados en el que cada uno cuenta solamente consigo mismo... El neoliberalismo es una máquina de dejar solos a los sujetos sociales, porque los niega, porque los tacha” (Scribano 89).

La segunda etapa fue el escenario que se dispuso para efectuar la entrega de armas. Este paso era fundamental para consolidar la dominación que el Estado buscó ejercer sobre el combatiente, porque al despojarlo del arma le quitaba el instrumento para hacerle presión: “Desarmar al enemigo equivale a su desarticulación, a su aplacamiento, al destrozo, a la derrota, a la destrucción. En medio de los sinónimos, el desarme dice de la importancia del arma, es una pieza incorporada, garantía de la supervivencia, artefacto que media en la destrucción del enemigo y también signo de poder” (Aranguren 262).

Y la tercera etapa se concluye cuando Duque toma el desarrollo del proceso, gobierno que sube al poder con la promesa de hacer trizas el acuerdo de paz firmado por Santos y con el fantasma del paramilitarismo a cuestas. El resultado de esta fábrica es un producto hecho con la materia de la incertidumbre, crea una sensación que busca arrebatar del cuerpo del combatiente las disposiciones capaces de hacerle frente a los planes que tiene el gobierno para los territorios. Desarma física y moralmente e incrusta la obediencia de maneras más sutiles de lo que se cree. Adrian Scribano teoriza sobre estas formas de estructurar la sociedad y lo llama *mecanismos de soportabilidad social*.

[Estos] se estructuran alrededor de un conjunto de prácticas hechas cuerpo que se orientan a la evitación sistemática del conflicto social. Los procesos de desplazamiento de las consecuencias de los antagonismos se presentan como escenarios especulares y desanclados de un espacio-tiempo. Estos permiten la aceptación, por parte del sujeto y la sociedad, de que la vida social “se-hace” como un-siempre-así (90).

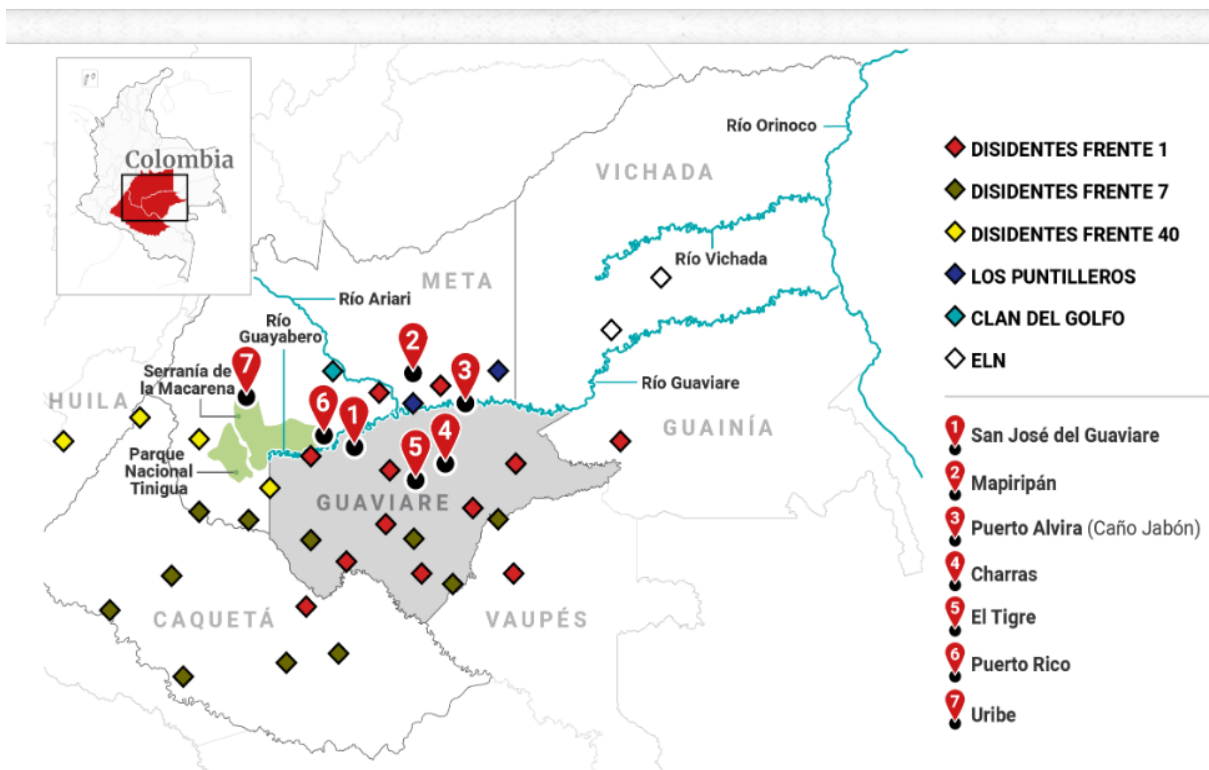
Los hábitos que se incrustan con el acuerdo de paz buscan extirpar del combatiente la historia de lucha y de resistencia que lleva encarnada en su historia genética y este procedimiento se realiza con la máscara de una apertura democrática. El resultado es una situación en el que la persona solo puede referirse a las circunstancias que atraviesan su vida con un “esto siempre va a ser así”. Dicha enunciación, cargada de desespero, es posible cuando se crea un teatro de fantasías y fantasmas y se inserta a la persona en él. Las primeras actúan de manera tal que “ocluyen el conflicto, invierten (y consagran) el lugar de lo particular como un universal e imposibilitan la inclusión del sujeto en los terrenos fantaseados; los fantasmas repiten la pérdida conflictual, recuerdan el peso de la derrota, desvalorizan la posibilidad de la contra-acción ante la pérdida y el fracaso” (Sribano 90).

Esta desilusión inmovilizadora es facilitada por la manera en que el mapa procede a estructurar el espacio. Él no es un tópico que se agota en el mero ejercicio cartográfico, es, más bien, una manera de proceder que se vale del poder que lo construye para totalizar las observaciones y la experiencia que se producen sobre un espacio. De Certeau alerta de los peligros de esta operación que, al construir un escenario lo delimita, indicando, las posibilidades y los lugares de la acción. Él intelectual francés define el mapa como

“un asentamiento totalizador de observaciones” (132) capaz de reunir “lugares heterogéneos, unos recibidos de una tradición y otros producidos por una observación. Pero lo esencial aquí es la borradura de los itinerarios que, al suponer los primeros y acondicionar los segundos, aseguran en realidad el paso de unos a otros” (133). El paso que aseguró el acuerdo fue facilitar el despojo, aumentar la presencia paramilitar, y dejarle la alta Amazonía en manos de los depredadores<sup>6</sup>. El mapa que verá el lector a continuación, hecho en abril de este año, es una muestra de lo que digo:

## II. Un mapa para visualizar lo que hizo el acuerdo de paz

### El ajedrez criminal



<sup>6</sup> Fuente: <http://especiales.semana.com/el-proceso-de-paz-en-colombia-cuelga-de-un-hilo/index.html>



El mapa que construyó el estado para la paz se impone, progresivamente, sobre las prácticas que lo produjeron — la necesidad de un acuerdo para detener 50 años de guerra — y borra paulatinamente los itinerarios de resistencia que se practican dentro del lugar que delimitan (133). Esta situación fatiga la posibilidad de la resistencia, al ubicar sus coordenadas experienciales en un espacio que parece inaccesible al caminante.

### **El narrador combatiente:**

#### **Allí donde el mapa corta el relato atraviesa**

Michael de Certeau

Los relatos que construí buscaron dialogar con el clima emocional de fatiga e incertidumbre que generó el acuerdo de paz en el combatiente, al dar cuenta de los itinerarios que tenía el espacio del Guaviare antes del proceso de paz. Y no es que yo crea que mis relatos tienen el poder de recordar lo que ellos ya saben, o de empoderarlos de su experiencia guerrillera, simplemente, al construirlos y exponerlos, encontré una excusa para charlar, entre otras cosas, de los temas que expongo en mi bitácora. Además, al momento del debate, de las charlas pasajeras, los combatientes me enseñaron mucho más de lo que yo pude entregarles. En marzo de este año hice la última visita a la zona con la intención de leerles los relatos a los combatientes. En un primer momento reuní a las personas que me habían ayudado, con su tiempo y su voz, a ensamblar los relatos.

Después hice alianzas estratégicas con una profe de ciencias sociales que trabajaba en la zona con el Consejo noruego, entidad que busca darles el cartón de bachiller a los combatientes y le pedí un pedacito de su clase para leerle los relatos a sus estudiantes. Fue un ejercicio interesante, en la medida en que funciono como dispositivo para activar la memoria y para la reflexión. Cuando yo acababa de leer los relatos podía observar varias disposiciones: Una, eran las ganas que le entraba al oyente de contar una historia parecida a las narradas en mis relatos, se manifestaba en ellos un deseo de dar cuenta de los momentos donde se experimentó movimientos de ánimo intensos. La segunda disposición era la de tomar partes de los relatos para reflexionar sobre la situación en la que ahora se encontraban. Y una tercera era el silencio o la indiferencia frente a los temas que se estaban debatiendo<sup>7</sup>.



Foto tomada por Laura Valencia. Marzo de 2019.

---

<sup>7</sup> Silencio o indiferencia que es muy dicente, porque muchos de los combatientes están cansados de pensarse a sí mismos desde la guerra que vivieron. Es como si quisieran voltear la página y empezar a vivir desde otro lado.

Estas disposiciones se crean gracias a las ventajas intrínsecas de las historias que “para la gente que la inspira, para la gente que nos cuenta la historia, que nos concede las entrevistas, que nos da la información, se trata de un espejo reestructurado, y nada produce más conciencia que verse uno tal cual es” (Molano 10). Esto sucede siempre y cuando la persona tenga disposición de escuchar, o los temas que se están tratando sean del interés del que oye.

Las historias que escogí para darle cuerpo a los relatos solamente tienen dos criterios: Historias que fuesen contadas con propiedad y con sumo detalle e historias de combatientes rasos. Cada uno de los personajes está compuesto por una polifonía de voces, que al ser tejidas construye una trenza narrativa donde no se distingue lo uno de lo otro. Busqué rescatar los colores, los movimientos del ánimo, las sensaciones, sus palabras y sus modos de expresarse. En las entrevistas, método del que me valí para recoger la materia prima de los relatos, busqué que se generara un espacio para desandar con libertad los pasos que habían llevado a la persona a este punto. No lo hice con un ánimo mal intencionado, de querer escudriñar en cosas que no me incumbían, lo hice con respeto y con la viva curiosidad de tener al frente una vida desbordada en historias y anécdotas.

Y es que, al parecer, me encuentro con personas que están en vía de extinción. Walter Benjamin, preocupado por cómo se trasmite el conocimiento plantea que “con la Guerra Mundial comenzó a hacerse evidente un proceso que desde entonces no ha llegado a detenerse. ¿No se advirtió que la gente volvía enmudecida del campo de batalla, no más rica, sino más pobre en experiencia comunicable?” (60), y por el otro lado, De Certeau, cavilando sobre la importancia de los relatos, apunta que “los descriptores de recorridos han

desaparecido" (134). Yo me encuentro con personas ricas en historias, capaces de reproducir sus recuerdos con una elocuencia desbordante. Muchas veces, mientras hacía la entrevista, la narración del recuerdo venía acompañada de una puesta en escena, en donde el cuerpo se ponía a disposición de la historia para entregar hasta el último detalle de lo sucedido.

La primera dificultad con la que me topé al momento de ensamblar los relatos, fue encontrar los puentes narrativos para tejer distintas voces en un solo personaje, pero al escuchar detenidamente cada una de las entrevistas, al visitar la zona y conocer sus vidas, sus anhelos y sus esperanzas, pude darme cuenta que hay una sola voz, un solo grito, pude darme cuenta que todos anduvieron por el mismo camino: El camino del desterrado. Hay algo épico, algo invencible, algo heroico, en los pasos del combatiente.

Esta voz épica cuenta de la lucha ancestral que ha venido sorteando el desterrado en contra de la oligarquía colombiana. El mapa de la paz, como procedimiento estatal para imponerle los límites a la experiencia, buscó extinguir esa voz con el acuerdo. Tuvo como objetivo desaparecer ese relato, porque cuando este desaparece "hay una pérdida de espacio... el grupo o el individuo sufre una regresión hacia la experiencia, inquietante, fatalista, de una totalidad sin forma, indistinta, nocturna" (De Certeau 136).

Para Benjamin, cuando el narrador cuenta su historia ésta "trae consigo, abierta o velada, su utilidad. Una vez podrá consistir esta utilidad en una moraleja, otra vez en una indicación práctica, una tercera en un proverbio o una regla de vida: En todos los casos el narrador es un hombre que tiene consejo para dar al oyente" (64). El conocimiento que se revela en la

voz del combatiente es la experiencia del que se ve limitado pero busca, del que está siendo asechado por la muerte y rodeado de estas circunstancias, es capaz de encontrarle puentes a la vida. La fuerza que se manifiesta en la voz del narrador combatiente toma prestada su autoridad de la sensación de tener a la muerte cerca. Es por su presencia que se despabilan los sentidos, es por ella que se crea la necesidad de alienar el ojo, la mano y el alma, para percibir en su interior, con toda amplitud, lo que está sucediendo a su alrededor (Benjamin 95).

La importancia de este conocimiento está en recordar, ahora que están dentro del Estado, las maneras en que el caminante llegó a los límites impuestos por los planes gubernamentales y supo traspasarlos. Es ahora el momento en que cobra mayor relevancia el saber de andar en los bordes del espacio que se imponen, para evitar a toda costa la devaluación de la experiencia que llevan en su sangre. El movimiento libre, como principio, hace del caminante un delincuente, porque este “sólo existe al desplazarse, si tiene como especificidad vivir no al margen sino en los intersticios de los códigos que desbarata y desplaza, si se caracteriza por el privilegio del recorrido sobre el estado, el relato es delincuente” (De Certeau 141).

Yo, con mi trabajo, busqué aportar un granito de arena para evitar esa regresión. Los relatos son poderosos porque tienen la capacidad de marchar delante de las prácticas sociales para abrirle campo y legitimar acciones (De Certeau 138), y en los relatos que yo construí busque privilegiar las acciones narrativas que dan cuenta de un viaje espacial que el Estado ha querido detener para tener la libertad de hacer lo que les venga en gana con los territorios. Este enemigo, cada vez más astuto, cada vez más enmascarado, trabaja

incansablemente para limitar las oportunidades de ser, en este caso, de ser un campesino digno. Y sólo deja a la vista la oportunidad de existir en la delincuencia. No como la entienden las leyes, sino como la entiende De Certeau:

La delincuencia social consistiría en tomar el relato al pie de la letra, en hacerlo el principio de la existencia física allí donde una sociedad ya no ofrece más salidas simbólicas ni expectativas de espacios a los sujetos o a los grupos, allí donde ya no hay más alternativa que el orden disciplinario y la desviación ilegal, es decir una u otra forma de prisión o de vagabundeo en el exterior (142).

La voz del desterrado aún tiene motivos para alzarse en almas.

## **CORRIDOS DEL DESTIERRO**

## Epílogo para confirmar las dudas

El viento borra las huellas de las gaviotas.

Las Lluvias borran las huellas de los pasos Humanos.

El sol borra las huellas del tiempo.

Los cuentacuentos buscan las huellas de la memoria perdida,

El amor y el dolor, que no se ven, pero no se borran.

*Eduardo Galeano*

Durante muchos años una academia nacional, con ínfulas de crítica, ha deslegitimado el ejercicio guerrillero con los argumentos de obsoleto, retrogrado o anacrónico. Para muchos de estos académicos<sup>8</sup> de oficina y tablero la existencia de una guerrilla como las FARC se reduce a los nexos que pudo tener con el narcotráfico. Francamente esta posición me parece un cliché heredado de la ignorancia, un desacierto investigativo que limita las posibilidades de entender y sentir unas vidas y unos territorios que desconocemos.

Este librito tiene dos objetivos: por un lado acercar, al que desee saber, la historia de los guerrilleros razos que conforman las FARC, mediante una puesta en escena sensible, que se encargará de sumergir al lector por el viaje del guerrillero. Por otro lado busco devolver a la ETCR Jaime Pardo Leal un trabajo narrativo que condensa la historia de vida de más de 15 guerrilleros que apoyaron con su tiempo y sus narraciones la creación de este libro.

---

<sup>8</sup> Una revisión detallada de estos discursos la realiza el profesor Miguel Angel Beltrán, en el libro *FARC EP (1950 – 2015): Luchas de ira y esperanza, parte I. Discursos hegemónicos en la academia.*



Recorriendo la zona y sentándome hablar con los exguerrilleros aprendí, al escuchar los cuentos que se echan y navegando por sus recuerdos, que uno se hace testigo y narrador de su propia vida cuando urge estar cerca de ella, que las palabras para nombrar el recuerdo son entregadas por las huellas que dejan las sensaciones del momento vivido, y supe – o más bien, confirme - que estas palabras son la herencia de un viaje que viene haciendo el desterrado desde hace mucho tiempo. Porque el destierro es el arma más poderosa para imponer un orden sobre otro. Y hoy día, los que habitamos este tiempo, nos enfrentamos con la evolución histórica –o sofisticación- que han tenido las formas del destierro. La experiencia de las FARC y el Estado Colombiano es un ejemplo recién salido del horno. En los diálogos de la Habana el estado se mofó de ser un defensor de los derechos humanos y de realizar aperturas democráticas mediante el dialogo, pero la realidad es que utilizó esta pantomima como un señuelo para atrapar, digámosle así, un espíritu de resistencia. Es una jugada de esta hidra homogeneizadora que busco desterrar al desterrado.

Nos enfrentamos, pues, con un procedimiento orgánico de despojo, con un proceder de cirujano que busca extirpar del cuerpo social la voluntad de resistir a una avanzada globalizadora y homogenizante. Y la tierra lanza su grito de desespero cuando la avanzada de muerte la toma entre sus fauces. El Guaviare tiene sus entrañas en llamas. La paz, la anhelada paz, la que se firmó en el teatro Colón con un dejo de desgano por la pérdida del plebiscito, después de un despliegue fanfarrón de poderío estatal en Cartagena, esa paz, hecha así, con tantas contradicciones a cuestas, nunca entendió de transformar las prácticas de despojo, nunca quiso saldar una deuda que tenía el estado con el desterrado. Lo que quería esa paz era disolver un itinerario de resistencia para darle pista a las necesidades económicas de un país colapsado por el acaparamiento de la tierra.

Al final es ese el problema, la tierra que se quita para disolver y anular otras existencias. Siento que el despojo ha llegado a ser un proceso de fantasmagorización de lo humano, que se da en una pugna por quitarle o reducirle los espacios a la existencia que no entrega su fuerza vital a una intención de lucro. Cuando escribo esto se me hace inevitable pensar en Juan Rulfo y en Pedro Paramo y en la búsqueda de muerto de Juan Preciado recorriendo un pueblo fantasma que ha quedado en un limbo, atrapado en otro tiempo, sin la posibilidad de moverse, lleno de susurros y círculos donde las ánimas repiten una y otra vez la escena de la desolación y el exilio. Así, imantados con ese aire de espectro, queda la tierra abandonada por los sueños.

La tierra no es solamente un trozo de horizonte, ni lo que se pone debajo de nuestros pies, es también nuestro cuerpo, esta dimensión hecha de materia, con unas manos, una cabeza y un corazón, con un peso y una sombra. Este es, también, el lugar donde se siembran ideas, búsquedas y preguntas. Es el espacio primero de disputa. Y lo que me enseñaron los cuentacuentos Farianos es que, para disputarse este espacio, la palabra tiene un poder formidable. Dice Macedonio Fernández, en un ensayo que leí y extravié, que “las palabras son el timón de la voluntad”. Y la palabra se hace voluminosa, adquiere potencia y carne cuando fluye en una tradición.

Yo busque que mis relatos alcanzaran la fuerza y la vida que mana de la experiencia del destierro, porque las FARC fue un cuerpo social hecho de desterrados. Mi “pluma” interviene en este sentido: Juega en los relatos con unas herramientas lingüísticas, estructurales y narrativas, con la intención de reteñir el tono del destierro. Esto lo hice escuchando una y otra vez las entrevistas que había hecho durante dos años que viajé a la zona veredal, 15 aproximadamente, y repasando los apuntes que tomaba después de alguna

conversación pasajera en la zona. Con esta forma de ir al material que tenía para ensamblar los relatos pude ir destilando unas “historias ejemplares” que funcionaban, más que otras, para darle aire a mi intuición. Creo que sin proponérmelo, pude condensar en los relatos un ethos particular, el ethos del sobreviviente. Esta es una disposición que se incorpora en las necesidades del destierro, su característica principal es que el andar del sobreviviente camina siempre al límite, llega a un aparente muro, pero la fuerza de la vida sube a travésarlo, esta fuerza realiza un deslinde y continúa su camino. El sobreviviente camina, todo el tiempo, bajo la sombra de la muerte, su motor de movimiento se produce gracias a esta presencia, lo despabila, lo pone alerta, lo lleva a conectar cuerpo ojo y alma. La palabra, la narración, la memoria, guarda con cuidado los detalles de esta operación de deslinde. Los relatos de este libro desarrollan esas particularidades del viaje del desterrado:

En el primer relato nos encontramos con un Negro que llega al Guaviare, proveniente del Chocó, buscando mejores oportunidades de vida, hastiado del colegio y de los trabajos mecanizados en una fábrica de plásticos. Es alguien que llega, se acomoda y se siente pleno trabajando en la tierra, sembrando, pero que ve la necesidad de moverse y despabilarse, porque la guerra que se está tejiendo a su alrededor se lo puede ir comiendo vivo en cualquier momento. Entra a las FARC bajo el rol de miliciano, con 30 años digamos, y la agudización de la guerra, con el plan Colombia, hace que se quede más tiempo del estipulado para instruir a un miliciano. Este relato teje en una sola voz la historia de 4 guerrilleros. Las anécdotas fueron seleccionadas y se pusieron a disposición de una estructura narrativa que se movía en el mundo afro, entre el campesino, el miliciano y el guerrillero.

El segundo relato comienza con una mujer hablando del desprecio que le tiene al maquillaje, esta impresión, la del maquillaje, la saqué de una grabación que tenía como

protagonista una entrevista que yo le hacía a un muchacho, pero en la tras-escena, dos guerrilleras hablaban sobre cómo se sentían con el maquillaje y lo que pensaban de las revistas de Avon que circulaban por la zona. Esta historia condensa la vida de tres mujeres y el conocimiento sobre enfermería de un hombre. Es la historia de una niña que se escapa de su casa porque su papá no la deja viajar a España con su grupo de música. Ángela estalla en rabia y lo único que se le pasa por la cabeza es irse a la guerrilla. Allí se convertirá en Patricia Sol, aprenderá lo que es la vida del guerrillero, y conocerá lo crudo de la guerra, cultivará su espíritu de poeta y lo pondrá en función de la lucha revolucionaria.

El tercer relato es, para mí, el más aventurado de los tres. En este relato decido transformar la manera en como narro, busqué alejarme de la historia de vida y acercarme al cuento. Es el único relato que tiene narrador omnipresente. La decisión la tome por la presencia constante de una reflexión que me surgía leyendo la obra de Alfredo Molano: Lo sentí atrapado en el formato de la historia de vida, incapaz de realizar un esfuerzo creativo de mayor contundencia. Al momento de empezar el tercer relato estaba hastiado de pensar una narración en los parámetros de una historia de vida. Quise ir un poquito más allá, corriendo el riesgo de poner en evidencia mis torpezas narrativas. Lo que hice fue seleccionar un momento que aún no ha llegado y llenarlo de posibilidades. El momento que escogí, para darle argumento al relato, fue el regreso del viejo Mocho a las disidencias. Todo el argumento ocurre en el rancho del Mocho, que espera junto a su compañero Culumbo a que venga a recogerlo. Pero el ansia de sentir la muerte cerca, no dejan en paz al Mocho.

¿Qué pasó con el acuerdo de paz? ¿Cuál ha sido el re-corrido del guerrillero, para llegar a lugar donde se encuentra? ¿Qué está pasando con los jóvenes que crecen en medio de una guerra? ¿por qué se mantiene la guerra en el Guaviare? ¿No que el acuerdo de paz iba a

devolverles la esperanza a todo estos lugares? Quiero dejarle estas preguntas al lector, para que se piensen en relación con lo que se pueda encontrar en estos relatos.

## EL NEGRO

Supé que era gallo el día que encaré a mi mejor amigo, mientras arrastraba una rula en el suelo con la fuerza pa sacar chispas, y supe que era discreto y astuto el día que un capitán del ejército me encaró y me preguntó por la guerrilla. Lo primero pasó cuando era un pelao, tendría como 15 o 16 años, estaba recién aventurado, había llegado a San José del Guaviare con la intención de embarcarme pa San Cristóbal, y me había puesto a trabajar de raspachín. El más pelao y me ganaba de a 20mil diarios. Y eso, por los 80's, era buena platica. Tenía la maña de invitar a los amigos a la cantina y de ser un bebedor que no tumba cualquiera. Con el que más la pegaba era con Andrés, nos gustaba amanecer brindando y cantando. Él tenía como 35 años y una cara de puño que ni con los tragos se le salía, y sí que le gustaba buscar pelea. Yo era más recatado, no me gustaba meterme con nadie. Al quieto dejarlo quieto, decía mi Papá, un pescador que tenía la mirada honda, parecía como si el mar le hubiese enseñado la forma de mirar al mundo. Un día llegó Andrés, puto con la vida y no se le dio por nada sacar la rula y darle un par de planazos a uno cualquiera que estaba por ahí sentado. Eligió mal con quién desquitarse, porque el pelao estaba acompañado de otros dos bien fornidos, y esos dos se le vinieron encima y le quitaron el machete y yo apenas vi eso me perdí porque el problema no era conmigo. Tres días después, un domingo digamos, me lo encuentro en la misma cantina ofendido de sangre y moretiado, porque no lo defendí.

– Quién lo manda, le dije.

Y me responde

— ¡A mí me manda el diablo!

Y saca su machete y me avienta el primer tajazo a la cabeza. Yo lo esquivo como un gato y salgo a perderme, me metí a la cantina, salí por la puerta que daba al potrero y corrí. Como a 200 metros estaba la casa de María, corrí pa allá porque no sabía pa donde más correr, apenas conocía a María, por ahí tres veces había cruzado palabra con ella. Llegué con cara del que está siendo buscado por la muerte y ella estaba en la cocina, y me mira así, con cara de estar viendo un fantasma y me dice — ¿qué le pasó? Y yo le respondo con el miedo apretándome la garganta — Me quieren matar. Y yo que cierro la puerta y Andrés que estrella el primer machetazo en la madera. Le faltaron paticas pa correr a la pobre María.

— ¡Ya, hermano!, ¡que ya!, le repetía mientras yo tenía la puerta, pero el hombre no escuchaba, estaba sordo y ciego, y a punta de machetazos la partió. Entonces metió el brazo por el roto y de un envión me abrió la carne del brazo. No más fue ver la sangre correr pa encenderme. Otro era yo.

— Si nos vamos a matar, pues matémonos, le dije. Yo había cogido la macheta que estaba al pie del fogón en la casa de María y tiraba a matarle, le quería era tumbar la cabeza. Es que uno con sangre caliente es peligrosísimo. Pues lo saqué corriendo, pa tan lejos que se fue del pueblo. A los dos meses me enteré que lo habían matado, por los lados del Retorno pa dentro. Se puso a pedirles plata a los campesinos, haciéndose pasar por guerrillero, y tan demalas que estaban por ahí los paracos, que se enteraron y dieron de baja.

Lo otro pasó cuando ya era un miliciano zorro viejo. Tendría por ahí 40 años y me había asentado por la Tigra, al pie del río Guayabero. Eran los últimos años del gobierno de Uribe. Un día estaba yo en el rancho, fritando unos plátanos maduros pa pasar el hambre

que sabe llegar a las 6 de la tarde, y entonces vi una tropa del ejército. Como 35 soldados todos jovencitos, no pasaban de los 25 años, con excepción del capitán. Tres horas antes yo estaba entregándole una remesa a la guerrilla y les había recomendado que no se quedaran por ahí faroliando, porque andaba mucho ejército. Los muchachos acababan una campaña río arriba, serían como 12 y estaban maltratados y con la moral agotada por el combate.

Recuerdo ver por la ventanita que da al potrero que muchos se acercaban. Cuando salí a ver el capitán me saludó a lo lejos — Quiiiuuuuo Negro, me dijo, y yo apenas supe quiénes eran alisté un timbao de chicha de chontaduro que tenía debajo del lavadero, bien fermentado, y los recibí como en casa. Saludaba al uno, le daba un vasito al otro, y así los entretuve un rato.

— Venga Negro, le comento una cosita. Me llevó a la sombra del mango que tenía sembrado al frente, pa que charláramos solos y me dijo

— Negro, ¿Usted ha visto pasar a la guerrilla?, me lo decía serio, pero sin querer transmitir ninguna amenaza.

— Pasaron hace un día más o menos,

— ¿Cuántos iban?

— Hartos, por ahí 80

— ¿Iban armados?

— Pues como yo no sé de armas mi capitán, desas mismas que ustedes llevan creo yo.

— ¿Y de estas? — y me señaló una M16



— Desas mismas mi capitán.

— ¿Y sabe para dónde cogieron?

— No mi capitán, eso es como con ustedes, que pasan sin decirle a uno de dónde vienen ni para dónde van.

El capitán bajó la mirada, llamó al soldado del radio y transmitió un comando.

Después se acercó y me dijo:

— Negro, usted con esa forma de ser que tiene, con esa forma de tratar a la gente llama mucha amistad.

Hizo una pausa y me miró como ilusionado.

— ¿Sí ha escuchado de los programas y las recompensas que estamos ofreciendo por Colombia estereo? ¿Ha escuchado de las redes de apoyo al Ejército Nacional?

— Pero claro, si la escucho todos los días, por ahí pasan como a las 4, puros corridos de los buenos.

— Póngame cuidado Negro, ¿sí sabe que estamos dando 5 millones por la información de guerrilleros?

Llamó a un soldadito y le hizo señas con la cabeza para que sacara lo que tenía en la maleta, cinco millones de pesos en billetes de 50mil.

— Todo eso es suyo Negro, si nos ayuda.

Yo lo miraba expectante, con ganas de hacerle una travesura y le dije

— Uno a veces habla con los guerrillos, pero con el ánimo de no tener problemas con nadie, usted entenderá capitán, que la situación es dura. Pero a mí me gustaría saber, capitán, pa trabajar en las redes de informantes, si por aquí hay otros.

El capitán me miró como desconcertado, me escaneo de arriba abajo y me dijo,

— ¡Pues comienzo con usted Negro!

La población civil empezó a decir que yo jugaba pa los dos bandos, y cómo no, yo me hacía amigo de todo el mundo y cuando pasaba por los retenes del ejército a mí no me requisaban, y los otros venían y veían, y usted sabrá cómo es la envidia, que no deja dormir a nadie. Desde chiquito fue así. Yo crecí en Tumaco y acompañaba a mi Papá a pescar todos los días, por convicción y no porque me tocara. A las cuatro de la mañana la mamá tenía un aguaepanela caliente, y ahí cogíamos ánimos y calor para ir a enfrentar al mar. El viejo José, mi padre, sabía leer las corrientes de agua y sabía llegar a los lados donde se reunía el pescado. Cuando el sol aparecía ya teníamos la malla puesta en el agua, y nos estábamos en la canoa esperando, oyendo lo que el mar decía. A las 6:50 recogíamos y mi Papá me llevaba a la orilla, porque tenía colegio a las 8 y él quería que saliera adelante. Pero a mí no se me daba eso del estudio. Malagradecido yo. Pero son cosas que tienen que pasar. No más y pude alcanzar hasta quinto de primaria, me tiré tres veces tercero y dos veces cuarto. Después de escuchar el mar, lo que más me gustaba era hacer inventos, joder con carritos, los desbarataba y los armaba a mi gusto, molestaba con los transistores y me gustaba pasar la tarde ayudándole a un tío mío que tenía un taller de motos, aprendiendo a ensamblar motores, a destrabar cajas de cambio, probando exostos. Y al colegio iba a dormir y a jugar fútbol.

En quinto la profesora Regina se cansó de mí, citó a mis papás pa decirles que yo necesitaba psicólogo, que estaba desaprovechando mis facultades y que tenía ideas raras en la cabeza. Les dije a mis papás que a mí no me gustaba el colegio, que lo mío estaba por otro lado. Eso no les gustó mucho y con el perdón de ellos agarré un par de mudas de ropa y me fui para Cali, donde un primo. El hijo de mi tío que hace unos meses se había ido a probar suerte por allá y me había envenado con la idea de irme y palla cogí. Trabajábamos en una fábrica de plásticos, donde hacían timbos, baldes, todas esas cosas. Pero yo no pude amañarme, lo único era que tenía una fascinación secreta por ver cómo funcionaba la máquina, por identificar la función de cada aparatejo, sus conexiones, todo. Pero lo mío no podía estar ahí, encerrado con puros muchachitos de mi edad, de 6 de la mañana a 6 de la noche. Lo mío estaba por el Guaviare. Y con mi primo fuimos a dar por allá. Y por acá me amañé y empecé a hacer mi vida de raspachín.

La primera vez que raspé cogí trece libras, y usted coger trece libras la primera vez, es porque tiene que ser bien verraquito. Eso sí, terminé con las manos ampolladas, que ni coger un vaso pa tomar agua podía, pero uno se acostumbra a todo, y el callo que se produce trabajando lo hace a uno resistente. Igual funciona con la voluntad que uno tiene, el mundo le va haciendo callo a uno en el espíritu, y uno empieza a resistir cada vez más.

Con mi primo estuvimos como dos años en San Cristóbal, sudando la gota gorda y ahorrando pa hacernos con un pedazo de tierra. Un día de invierno el río se puso bravo e inundó toda la tierra del patrón. Había llegado nuestro fin por esa zona, y cogimos pa Charras, donde decían, se necesitaban manos pa trabajar. Por allá nos hicimos de una tierra, dos hectáreas no más, la compramos entre los dos con los jornales que dejaba el trabajo de raspachín. Pudimos echar raíces y pasarla contentos, sobre todo porque uno le va cogiendo

amor a la tierra, creo que uno va dejando pequeñas partecitas de uno en cada semilla que siembra. Dos hectáreas y media de hoja de coca y media hectárea pal pancoger. Así mandaba la guerrilla, porque la fiebre de la plata enferma a más de uno y no deja pensar que hay que comer y que mascar billetes no se puede. La yuca, el plátano y el arroz nunca faltaron en la mesa. Y pa salir a mariscar éramos guapos, pero pa hablarle a las mujeres yo era un pendejo. Un día cualquiera, que bien pudo ser un viernes o un lunes, una raspachina me hizo hombre al finalizar la jornada de trabajo, me llevó al lindero de la mata y el sembrado, y allá me puso sus manos calientes, como la de todo raspachín. Mi primo se enamoró de una guisa, duró dos años ennoviado con ella y después se fue a hacer su vida con la señorita en la capital. Yo nunca me enamoré, noviecitas no me faltaban, pero nunca me enamoré.

La quietud de los días se me fue acumulando en las ganas de hacer otra vaina, y las cosas se iban poniendo feas. Andrés Pastrana había lanzado su plan Colombia y calentaba la zona. Uno convivía con la guerrilla todo el tiempo, podía salir a la tiendita por media libra de manteca, y ahí uno se encontraba con un guerrillero. Ellos eran parte de la cotidianidad. Cuando llegaba el ejército otros eran los aires que corrían, se hacía intolerable el bochorno y daban ganas de no asomarse ni a la ventana. Es que eran cosa seria. Y no va sabiendo con quien juntarse, a quien darle la palabra.

Pues me hice amigo de un comandante de las FARC, Álvaro, Alvarito para los amigos, me decía. Siempre que pasaba por la zona y me veía por ahí desprevenido se acercaba con ganas sinceras de charlar un rato, de comentar cómo iba la vaina y manifestarme su convicción por la lucha armada. Supongo que mientras lo escuchaba algo se me quedó, y se me hundió tanto que hasta en el sueño tuvo espacio, y esa vaina empezó agarrar fuerza.

También me atraían las armas, tenía fiebre por quemar par tiros, por cargar un fusil, y esa fiebre sólo se quita haciéndolo. Un día madrugaron a llegar. Alvarito tocó en mi puerta cuando aún no había salido el sol. Yo me estaba alistando pa ir a trabajar. Me saludó con un abrazo que estorbó el fusil, hizo las preguntas de rutina cuando se saluda a alguien, hubo un silencio incómodo y me lo soltó: — Y usted negro, ¿no ha pensado en irse a la guerrilla? Esas son preguntas que no se hacen tan temprano. La idea de aventura me llamaba, yo tendría como 30 años, pero me había enamorado de la tierra, de sembrar y de tener lo mío. A esa hora no me llegaron palabras pa responder, solo los tontos son listos en las mañanas. Tartajie un par de sonidos que intentaron ser palabra, Alvarito notó mi incertidumbre y me dijo — No me tiene que responder hoy, Negro. Piénselo y hablamos. Y se perdió en la carretera.

Las cosas se pusieron bien calientes, las balaceras se hicieron cotidianas y no los volví a ver como en un año. Tuve el tiempo que tuve pa pensarlo y el domingo que los volví a ver seguía sin respuesta. La pregunta me volvió a agarrar con los calzones abajo y le comenté mis dudas a Alvarito. — Lo entiendo Negro. Hizo una pausa como pa agarrar ideas y me dijo:

— Le propongo un negocio. Usted se va conmigo en calidad de miliciano, conoce lo que es la guerrilla y decide si devolverse o quedarse.

—¿Y qué labor me toca cumplir?

— Lo normal, usted se va, hace el entrenamiento de base que dura un mes, porque un miliciano tiene que saber de guerra, y me dice.

— Le respondo en la noche. Alvarito soltó una carcajada y me dijo:

— Vamos a estar por el bazar que hay en el pueblo, por ahí nos vemos.

Yo salí a consultar mi decisión última en mañan olvidadas, en la cantina. Borracho me los topé como a las 12 y sin trabas en la lengua le dije a un camarada:

— ¡Me voy con ustedes mano! Y el camarada no me creyó, me dijo que estaba borracho y que así no se toman las decisiones. En eso llegó Alvarito y me saludo preguntándome con un movimiento de cejas.

— Me voy Alvarito, le dije, y me cogió la caña y de una me dijo que nos fuéramos, que lo que tenía puesto me bastaba. Y a mí se me baja el miedo a las piernas y le digo que espere, que me deje terminar la fiesta pa coger camino.

A las tres de la mañana tenía suficiente valor en la sangre pa arrancar. Me recuerdo caminando hacia una selva oscura, hundiéndome en algo que no conocía hasta sólo escuchar el sonido que hacía el agua en mis botas empantanadas. El día siguiente me lo anunciaron unas guacharacas haciendo bulla en un palo. Su bramido se me hundió hasta el desconcierto, quise tomar conciencia de dónde estaba, voltié a ver a la izquierda y a la derecha, y a cada lado un hombre con fusil dormía. El camarada y Alvarito se despertaron casi al mismo tiempo que yo, y de una vez se levantaron, me ofrecieron agua, comimos algo rápido y nos pusimos a cortar el camino que faltaba para llegar al campamento. Me tomó tiempo reconocer que estaba con ellos, que tenía los pantalones embarrados por haber dormido en la selva, que caminaba hacia un campamento base de la guerrilla, que los conocía y que estaba ahí por voluntad propia.

No cruzamos palabra en todo el camino, ellos parecían afanados por llegar al campamento y en más de una ocasión me cogieron ventaja, caminábamos por trampas de barro, maleza y

bichos que ellos sorteaban con mucha agilidad. Yo estaba aprendiendo a dar mis primeros pasos en la mata, pero no me tuvieron que esperar, me les ponía la pata y siempre los tenía a filo de alcanzarlos. Marchamos durante todo el día. Comimos dos veces un plato de arvejas y arroz, en horas que no logré distinguir porque el tiempo trascurrió de manera muy extraña, se hizo de noche y no supe ni cómo ni cuándo.

— Lo veo con moral alta combatiente, dijo Alvarito como queriendo que yo me riera.

— Hoy marchamos como 20 km. y mañana nos esperan otros 20. Pudimos llegar en la madrugada, pero lo esperamos, por ser su primer día.

Me dio una palmada en la espalda y sostuvo el brazo en mi hombro. Se me cayó una risa de pura pena, por creer que estaba marchando a un pelo de alcanzar el ritmo de ellos. Guindamos unas hamacas, me enseñaron el nudo huida, y nos acostamos. Toda la noche la pasé en medio de un enjambre de moscos, que son tolerables si se comparan con la picadura de la yanabe. No dan previo aviso antes de picar, se escabullen en la ropa sin dejar rastro, y de repente uno siente como si le pusiera un trozo de hierro al rojo vivo en la piel. Me picaron dos en los brazos, una en el pecho y dos en las piernas. No pude dormir, y apenas los camaradas estuvieron despiertos les dije

— Me devuelvo, yo no voy por allá.

— Negro, usted se pierde si se devuelve solo.

— Yo no voy por allá. Les hice mi pataleta. Alvarito me explicó que el trajín en la guerrilla era duro, pero que no me quedara solo con eso. Me dio un algo de tomar y pude calmarme.

Llegamos a un claro y Alvarito me dijo

— Aquí yo cojo pa allá y usted pal otro lado, vamos a esperar a una comisión y usted se va con ellos. Esperamos, yo había aprendido a esperar. Llegó una comisión y me recibió una muchacha, más o menos joven, morena y delgada. Tenía una sombra morada en los ojos que me llamó la atención. Me dijo que se llamaba Melisa y que íbamos pal campamento.

— Se lo encargo, le dijo Alvarito a Melisa antes de partir. En la comisión se encontraban otros cuatro para ingreso, dos cariaindios, una negra bien fornida y un moreno largo. A comparación de los otros el moreno no venía vuelto mierda, tenía limpio el pantalón y los ojos muy abiertos y el cariaindio tenía un lunar en la sien que le hacía brotar un mechón de cabello blanco. Cogimos camino y llegamos muy rápido. Era un campamento más bien grande, todo coloreado de un verde selva y un café de cedro rojo, todo limpio y organizado. Tenía un kiosko donde estaban reunidos unos camaradas con aires de estar discutiendo cosas importantes y al final una bajadita que daba a un caño donde uno se asomaba y veía pescaditos en manada. Uno de los que estaba en el kiosko salió a recibirnos, saludó a cada uno y se detuvo a preguntarle cosas de la vida. Era Ricaurte Páez. Cuando llegó a mí me estrechó la mano me apretó con fuerza, entonces me preguntó por Alvarito. — Me habían hablado de usted, me dijo. Yo me puse todo contento por saber que era famoso. El moreno era el último. Ricaurte Páez lo saludó con una pregunta, con un tono de estar pidiendo un secreto:

—¿Usted es policía o militar? Al moreno se le cayeron todos los colores, quiso decir algo, pero le pregunta lo había resetiado, le había dejado una mueca de espanto en la cara y le había hecho bajar la mirada. Así era Ricaurte Páez, yo no sé cómo hacía. A él nadie le salía por delante. Yo no sé qué miraba, que le veía a uno, qué escuchaba cuando uno hablaba, o



qué sentía cuando lo saludaban, pero tenía un tino pa desenmascarar infiltrados que nunca fallaba.

— Amárreme a este muchacho y luego vemos qué hacemos, le dijo a un camarada. Lo conocí porque fue mi mando el tiempo que estuve por allá y supe lo sabio que era. Uno se lleva la impresión, con la voz gruesa y honda que se manda, que siempre está regañando. Pero lo noble que es se le sale en la manera que tiene de escuchar a las personas. Era un mando rígido pero noble, alguien que no dejaba escapar mentiras y que sabía escuchar la verdad. Esa demostración de ojos que hizo Ricaurte Páez me dejó asombrado. Yo creo que las cosas que uno va haciendo se le van quedando marcadas en la piel, en las maneras de ser, y que las intenciones son algo que no se puede disimular en la mirada, y esas huellas para alguien que tiene ojos son muy evidentes.

Tuve mucho susto los primeros días, y la idea de devolverme cuanto antes no me dejaba ni pa ir al baño. Si me decían corrarse pallá, palla me corría, y me quedaba quietecito, sin mirar mucho a nadie y haciendo todo al pie de letra. Nos quedábamos a dormir en el campamento y como a una hora estaba el lugar donde entrenábamos, a veces a una hora, a veces a dos, despendiendo de quién nos llevara. Melisa me enseñó a encaletarme, a buscar los mejores lugares para ponerme fuera de las hormigas y de los moscos. Yo creo que sentía mi miedo y sentía mi descanso con su presencia. Me contaba que uno aprende a identificar el bicho que cae al cuerpo por el tacto y el sonido. Cada uno tenía un peso particular, un contacto de patas específico, un zumbido que era único. Los escarabajos parecían helicópteros dañados. Cuando uno no reconocía qué era la cosa, la situación se podía poner bien fea y era mejor revisar. Todas las mañanas nos levantábamos a las 4, y al que le tocaba ranchar a la 1am. Yo sabía cocinar pa uno y pa muchos, así que no tuve problemas en medir las cantidades

que necesitaba cuando ranchaba. Otra cosa era pararse a esa hora, yo no sé cómo sacaba fuerzas pa dejar el pedazo de mundo caliente que tenía y enfrentar el frío y los sonidos de la mata a esa hora. De alguna manera ese mundo me recordaba al mar de Tumaco a las 4:30 de la mañana, los dos hondos y misteriosos. Melisa se había puesto en la tarea de enseñarme y hacerme la vida más fácil. Gastó todo un amanecer construyendo una hoguera vietnamita, explicándome paso por paso. Había que hacer un hueco proporcional a la candela que se quería prender, cavar un canal que se alejara entre 30 o 40 metros del hueco y taparlo con hojas y palitos. El humo se iba por ahí y daba un margen de error considerable, por si algún avión pasaba y detectaba. A las 4:30, ni un segundo más ni un segundo menos, teníamos que estar caminando hacia el lugar de entrenamiento. Sólo los que dirigían la marcha sabían dónde se encontraba el lugar, con Melisa nos demorábamos hora y treinta, con otro camarada nos demorábamos poco más de dos horas. Yo quedaba aterrado porque esa gente cogía camino en lo oscuro sin titubear en la dirección que tenían que tomar.

Pasé los primeros días con una cuadrilla que realizaba su reentrenamiento, tendrían quince años de estar combatiendo juntos, ya todos se conocían, ya todos estaban fogonizados, sabían que las cosas eran así y asá, y facilito sorteaba la jornada y los problemas de guerra que nos ponían. Yo terminaba matadísimo. No quería saber pa qué se utilizaban las piernas, dolía levantar el brazo pa rascarse la espalda. A la semana me dieron una pistolita que francamente me decepcionó, yo me sentía desarmado al lado de mis compañeros. Hubiera querido un fusil, pero cada cosa a su tiempo. Después del entrenamiento físico llega el entrenamiento táctico. El asalto consiste en emboscar al que se está persiguiendo, y para eso hay que ser como el león de monte, cauteloso con los pasos para que no lo sientan ni los

árboles, hay que conocer el terreno y salirle al paso al otro, al acecho, sin perder de vista el rastro. Un Mando había cogido a unos nuevos, digamos 4, les había encargado llevar unas cosas a un punto específico y estar en el campamento a una hora exacta del otro día. Era una misión fácil. A las siete de la noche vino a buscarnos el mismo Mando, y nos reunió y nos dijo que teníamos que emboscar a los que habían salido hace cuatro horas. Y nos pusimos en la tarea, salimos de noche, a las 7 digamos, porque de noche es que se embosca, con la oscuridad que cuando se sabe utilizar se pone del lado de uno. Pero ver en lo oscuro no es fácil, menos en ese negro de la selva, el ojo se adapta, pero no es suficiente para ver, hay que hacerlo con los otros sentidos, y hay que caminar viendo con todo el cuerpo porque si no quién sabe uno dónde va a parar. Se llegó la mañana del otro día y aún no dábamos con el rastro. El Negro Salas tenía cara de serio. La misión iba fallando pa nosotros. Y se volvió a caer lo oscuro, nos cogió en un terreno muy quebrado, pantanoso hasta el desespero, y decidimos ahí mismo guindar la hamaca. De seguro ya habíamos fracasado en nuestra misión, pero otra lección nos esperaba. Una llovizna suavecita caía al momento de guindar las hamacas, y tocaba hacerlo a oscuras, escoger el palo y el lugar por puro instinto, sin prender mecheras ni linternas, ni nada que pudiera delatar nuestra posición. Yo me dormí sin mucho esfuerzo, y sin hacerle mucho caso a la lluvia. Así pasó quién sabe cuánto. De los sueños me sacó el agua, como si el suelo me hubiera echado un baldado de agua fría en la cola. Por no conocer los ritmos del terreno nos ubicamos mal, el agua había llegado e inundado todo y había alcanzado mi hamaca. Tocaba salir rápido porque se pasó de mis corvas a mis costillas en menos de nada. Yo tenía que buscar mi equipo que se había quedado sumergido, desatar un nudo que no quería zafarse y nadar hasta un filo que estaba como a unos 200 metros.

Fui el último en llegar. Me arrimé a los muchachos como si acabara de llegar a una orilla, después de sobrevivir a un naufragio. El equipo parecía de piedra y en la noche no asomaban ganas de escampar. El negro Salas era el encargado de nosotros, llevaba como 20 años en la guerrilla, y la convicción por lo que hacía se le notaba en su firmeza para hablar. Yo estaba aburrido o puto y mojado, el frío se me había bajado a los huesos y un nudo como de querer llorar se me hizo en la garganta. El Negro Salas nos arrimó a un mamito donde se podía escampar, se puso a mirar lo oscuro y nos dijo algo, utilizando un tono de voz que parecía hablar con la lluvia y con nosotros:

— ¿Cómo miran la vida de un guerrillero, muchachos? ¿Les parece fácil?

— ¡Que fácil va a ser esto! — Respondimos los tres como en coro.

— Y... ¿Ustedes por qué están acá?

Yo no había tenido mucho tiempo pa pensar en mi decisión. Había llegado y me había puesto a hacer lo que tenía que hacer, cargando a cuestas la idea de devolverme cuanto antes. Pero la pregunta me entró al mismo lugar donde me entró el frío. ¿Por qué estaba yo en la guerrilla? La pregunta se me fue a la sangre ¿Quiénes eran mis padres? ¿Quiénes mis abuelos? ¿Por qué había venido yo a parar a este árbol?

— El arma más pesada de un guerrillero no son los helicópteros, ni las ametralladoras calibre 50, ni los morteros, nada de eso. El arma más pesada de un guerrillero es la convicción de la lucha y la resistencia. De la necesidad que tenemos de cambiar las cosas llegan la fuerza y el temple para afrontar los días. Por aquí nada es fácil. Nada. O si no, pregúntenle aquí a mi paisano el Negro, a ver qué tiene que decir. Y no se le da por nada prender una linterna y alumbrarme la cara, de conmovido que estaba. Y al verme todos

sueltan la carcajada. Pues convertimos la situación en risa, y algo en mí esa noche echó raíces.

Los tres meses de entrenamiento se habían acabado, se suponía que mi tiempo estaba listo, pero el plan Colombia había apretado la zona, y salir a la civil era muy riesgoso. La zona estaba militarizada y a todos los milicianos nos tocó tenernos allá. Yo me había pegado a una radio vieja y destartada, me acostaba escuchando noticias, con el volumen bien bajito para que nadie escuchara. Yo me había acostumbrado a estar allá, a repetir cancharinas cuando se podía, al murmullo que cae en la selva cuando llega la noche, a estar pendiente de todo, a las conversaciones pasajeras con Ricaurte, contándome cómo iba la vaina pa los lados de Venezuela, a tener limpio el primer fusil que me dieron, a bañarme con el agua fría del caño. No crea que es fácil, todo mundo viendo lo que usted se enjabona y lo que no. Un día llegamos de encaletar un armamento, y cada quien se puso a hacer su cada cual. Con los muchachos nos arrumamos debajo de un árbol y descargamos el equipo. La economista eligió a los rancheros y yo caí en esa tanda. Cuando llegamos a la ranca, una ranca grande, de campamento base, buscamos la leña, secamos unos maderos y atizamos la hornilla. Ese fuego a uno lo reconforta. La ranca siempre está a unos metros del campamento, por cuestión de seguridad. Pusimos una ollada de arroz y una ollada de arvejas, le dije al camarada que me buscara un palo más seco, el que se estaba prendiendo estaba muy verde y botaba mucho humo. Mientras iba y venía, una marrana sobrevoló el espacio y titiló en su cola una luz roja. Eso es una forma de saber si el avión va a bombardear, porque ellos marcan con esa luz roja cuando detectan algo. Y eso sólo se sabe estando alerta, uno en la guerrilla desarrolla un instinto que empieza a darle importancia a cosas que eran insignificantes, cualquier detalle puede salvar la vida. Resulta que nos

mandaron llamar y nos encomendaron una misión pa ya, y llegó a relevarnos de la ranca Melisa y otro camarada. Yo les dije lo que había visto, y les dije que estuvieran atentos. Yo arrancaba para las coordenadas donde se encontraba Alvarito, y rapidito cogí para allá, porque al parecer la cuestión era urgente. Y uno se va con la intriga, con el mal pensamiento de que algo va a pasar, con una sensación de que hay quedarse pero no se sabe para qué. Y no tuve que esperar mucho para confirmarlo, fue alejarnos como 500 metros para que la marrana volviera, y sí señor que se descargó en nosotros. La primera bomba la puso como a 50 metros de donde íbamos caminando, y de ahí pallá una cortina de bombas explotó hasta alcanzar el campamento. Vi caer la bomba que casi me deja sordo. Cuando la vi salir del buche del avión me boté de cara al suelo, puse las manos en mi cabeza y abrí la boca. Esas eran las instrucciones que nos habían dado en caso de bombardeo. Y cuando ella cae sopla todo, como si la candela viniera de adentro de las cosas. Un pito ensordecedor quedó en mis orejas cuando cayó la bomba, un pito que duró 7 días y me hizo creer que no volvería a escuchar. Me devolví al campamento con un sabor a muerto en mi boca. Y a la primera que me encontré fue a Melisa. La vida ya se la había ido del cuerpo, sentí que la bomba que la mató cayó en la olla de las arvejas, la onda explosiva la había mandado contra un cachicamo, el árbol se había quebrado y parecía como si se hubiera doblado para recibirla, para hacerle cama por última vez. Cogí hojas y ramas y se las puse encima. Me encontré al Negro Salas aturdido, sin saber qué le había pasado ni dónde estaba el suelo pa ponerse de pie. Ricaurte Páez había salido ileso, había reunido a los hombres que respondían y había mandado a registrar la zona. Pero el desembarco del ejército ya estaba llegando, tocaba irse, recoger y borrar lo que se pudiera, y arrancar porque la muerte no da espera. Corrí con la rabia apretada en los dientes, por dejar ahí a Melisa, por no hacerme

caso, por no alertar a todo el mundo. Pero son cosas que pasan y uno va aprendiendo, cada vez con más fuerza, que yo dependo de los otros y los otros dependen de mí.

### **Más allá de la sabaneta**

Nos encontramos con Alvarito, que estaba al otro lado del filo. El afán de él, y el afán que me salvó la vida, era porque Cachirre había llegado, un comandante del frente séptimo, que estaba buscando gente pa unos cursos que se iban a dar por la frontera con Venezuela, donde las cosas estaban más calmadas y uno se podía estar. Alvarito había pensado en mí, le había dicho a Ricaurte Páez y él le avisó que ya mandaba por mí, que él sabía que a mí me gustaba aprender. Porque uno de joven es muy alborotadito, y está más pendiente de lo nuevo que de la verdad, pero en las FARC, a punta de disciplina, aprendí cositas. La pregunta de Cachirre fue más bien abierta, como buscando voluntarios. Pocos se ofrecieron. Yo sí dije que de una y que cuando nos íbamos, que pa antier era tarde, y a Cachirre le dio risa. Había cursos de enfermería, odontología, de electrónica y cursos para profundizar en el conocimiento de la ideología. A mí los libros se me caían de las manos, nunca fui bueno pa sentarme, pero la idea de la electrónica o la odontología me llamaba. Y nos fuimos al otro día.

Arrancábamos bien temprano pa bajar con ritmo, teníamos que llegar al Guainía y coger por ahí hacia la frontera. Era una marcha de tres semanas y a algunos de los compañeros les fue haciendo mella el paso. Como al noveno día nos tocó atravesar pura sabaneta, un terreno engañoso y plano. Haga de cuenta una sábana con árboles enanitos, todo enlagueado, todo el día andando, con un sol que se clavaba en el pescuezo y apretaba como queriendo asfixiar. Sólo pudimos encontrar agua una vez, como a las nueve de la mañana,

de resto sólo fue esa agua picha de la sabaneta, que huele como a pedo trasnochado. Yo iba con un equipo de cuatro o cinco arrobas, le había recibido el fusil a una muchacha que no podía ni con el alma, y llevaba la munición de ambos. Dar un paso era una tragedia, la sabaneta recibía las botas con ganas de tragárselas, de no soltarlas nunca. Yo iba buscando goticas de agua en cada hoja que pasaba, goticas de agua lluvia pa ver si me calmaban la sed, brillaban en las hojas como indicándome que ahí estaban y que fuera por ellas. Da mucho desespero ver el agua picha con sed, y saber que es peor tomársela que aguantar. No pudimos avanzar casi nada. Y se hicieron las 5 de la tarde y vimos una gotica de montaña donde cabíamos y allá descargamos, todos como en una complicidad por el cansancio que llevábamos. Cachirre, el mando, no dijo nada, fue el primero en descargar. Y ahí quedamos, como si nos hubieran enterrado los pies. Ahora el problema era de agua. Nadie tenía ni una gota, y la sed empezaba a desesperarnos. Y a uno se le ocurrió cavar con la trompa del fusil un hueco, y un hilito de agua brotó desde el fondo y fue llenando el espacio. Cogió un trapo, lo metió al hueco y lo exprimió apuntando su cara al cielo para que el agua le cayera en la boca. Todos se pusieron a hacer lo mismo. El agua tenía un gusto amargo y de barro y no importó. Todos intentamos calmar la sed en el hueco, y tomamos una mala decisión. A la media hora unos estaban vomitando, otros no se podían subir los pantalones de la diarrea, y quedamos hechos: Insolados, deshidratados e intoxicados.

Llegamos a la frontera y por allá estuve un rato, aprendiendo de electrónica, marsicando. Cuando me iba hacer eso cogía la mejor escopeta y duraba toda la mañana cazando lapas y cafuches. Siempre tuve bien tino. Llegar con una lapa, en esos días en que la carne es un viejo recuerdo, es un detallazo para la tropa. Y la electrónica la aprendí arrimándome al taller del camarada Marco. Los cursos de electrónica se los habían quedado los del otro



frente, y yo me había quedado con el de odontólogo. Pero me gustaban más los aparatos. Todos los días, cuando yo llegaba de lo que tenía que hacer, me le paraba al ingeniero Marco en una esquina del taller, a verlo no más, prestando atención a dónde colocaba cada cosa, qué aparato utilizaba para hacer, quemar, soldar, enrollar, pegar. Todo. Arreglaba radios dañadas, sabía de motores de lanchas y guadañas, construía detonadores que funcionaban a 100, a 400 y a 800 metros, construía minas a control remoto, cohetes y máquinas que disparaban el fusil. Tenía una caja con pequeñas cajitas que tenían resistencias, transistores, trasmisores, varias tabletas, un cautín. Tenía un voltímetro, un amperímetro, pinzas de corriente positiva y negativa, varias tarjetas madre y dos baterías de carro. Y otra caja llena de herramientas. Eso en una mesa. Y en la otra tenía los equipos dañados de una vieja emisora. Le gustaba trabajar de pie y terminar con el día. Un día decidió notarme, me miró por encima de las gafas, mientras le echaba cautín a una tarjeta madre y dijo

— ¿Y usted qué mijo? ¿Quiere aprender?

Y desde ese momento me dediqué a la electrónica y a la mecánica. En un año ya había aprendido a armar al derecho y al revés motores y radioteléfonos, habíamos arreglado los equipos de la radio, y habíamos puesto a funcionar una emisora. Radio Insurgente se llamaba. Ahí me quedé unos años, estábamos tranquilos porque la guerra estaba lejos. Pocas veces pasaban aviones y nunca asomó el ejército. Ahí pude aprender todo lo que me faltó con mi tío, y yo ya le tenía el tiro a engranar, a suponer un orden en las piezas. La necesidad de mecánicos y electrónicos por otras zonas hizo que me moviera por algunos frentes, que fuera y viniera para arreglar radioteléfonos que parecían irreparables, que fuera

y viniera para poner a punto varios motores de lanchas que hacían más ruido de lo que andaban.

Y uno vuelve donde comenzó. El frente de Alvarito me llamó para arreglar una lancha y partí hacia allá. Algunos años le habían tumbado el bigote y en pelo se le asomaban canas nuevas. Fuimos al lugar donde estaba la lancha y nos pusimos en lo nuestro. La lancha estaba abandonada, comida por monte, el motor parecía estar muy oxidado, la hélice estaba astillada y el arranque estaba trabado. Iba a ser todo un camello arreglar ese motor.

— Necesitamos esta voladora pallá. Hay que subir una información y unas unidades a la Tigra, un tira está por allá y nos está jodiendo. Nos han emboscado tres veces en menos de una semana.

— ¿Y quién va?

— El que yo escoja. Usted quería ser miliciano, ¿no?

Arreglar la lancha fue como abrir la puerta a mi regreso. Volví a la civil. La lancha estuvo lista por la tarde, por la noche Alvarito me entregó tres cédulas falsas, memoricé sus números, y me entregó las coordenadas donde tenía que ir. Me dio mi primera misión como miliciano, me mandó hacer inteligencia a la Tigra. Ya todo estaba listo y no era sino llegar. A la mañana siguiente cogimos la voladora, me arrimaron a una orilla, me quité el uniforme y me puse la pinta de civil, y con un maletincito llegué donde me habían dicho. Bajándome de la lancha me di cuenta que me habían pasado 15 años.

Mi trabajo era ir y venir por varias veredas, era bueno moverse porque la gente empieza a sospechar de uno, quedarse mucho tiempo en un solo sitio era arriesgar el pellejo. Un día

me vi cogido. Yo estaba haciendo el trabajo por los lados de Miraflores, tenía un rancho donde pagaba arriendo por casa y por tierra. Llegó un día el ejército a mi casa y me dijeron, por la confianza que me tenían, que un indio así y asá se había volado, que tenía un mechón blanco en la sien, y mucha información de la gente de por acá y que llegaba con la cuadrilla por la tarde. Yo distinguí de una al indio, era el que venía en la comisión de ingreso con Melisa. Me conocía, sabía quién era yo. Pero uno respira y asimila la situación. El susto de saberme cogido me empezó a agarrar de las rodillas, me puso a temblar las piernas y me hizo entrar un frío que se puso en mi estómago. Ellos se iban a quedar ahí, a esperar la comisión, y cuando llegaran el indio les iba a decir que yo era guerrillero. Me fui pal sembrado y agarré una gallina del vecino, les hice un sancocho y los entretuve. Fui y cogí unos limones, salí con la olleta y les pregunté

— ¿Mejor con hielo, no?

— Claro negro, me dijeron.

El hielo sólo se conseguía en la casa de doña Lupe, la única que tenía planta eléctrica y nevera, y su rancho quedaba como a 20 minutos.

— Voy donde Lupe y ya vuelvo, les dije. Entré al rancho, me puse las botas, porque andaba descalzo, y por un caminito que me llamó me volví a meter al monte. Como a la hora llegó el ejército, con 100 unidades, locos porque me habían dejado escapar. Yo ya era del otro lado, mi vida se había quedado en la mata, pero soy demorado pa tomar las decisiones. Y en la mata estuve hasta el acuerdo de paz.

A mí que tanto me gustaban las armas, no quería ni verlas cuando comenzó el desarme. Por charras se estaba presentando robo de armamento, y yo no veía la hora en que algún

hijueputa viniera y le zampara a uno un tiro por llevarse el arma. Descansé cuando la vi entrar en el container. Y ahí se me iba un compañero, el que siempre me cuidaba. Un trozo de mí se guardó en el container. Y el resto fue juntarse con los camaradas, pa construir los baños y las casitas donde nos íbamos a meter. Porque cuando llegamos al sitio dispuesto para nosotros nos encontramos con nada. Yo fui escogiendo casa para montar mi taller, para meterme con la mujer que tenía, porque la había embarazado en la mata y tuvimos al niño como al mes de entrar a la civil. Ella estaba en otro frente, con Julián, un comandante que llegó a la zona, vio cómo era la cosa, y le dijo a su cuadrilla que empacaran porque ellos se iban. Los muchachos le hicieron caso y cuando estuvieron monte adentro Julián les dijo que él no se iba acoger al proceso de paz, y que los que querían irse, que lo siguieran, y los que no, que se devolvieran. De la cuadrilla, que eran como treinta, se devolvieron la mitad, y usted viera llegar a esos muchachos, todos asustados, unos llorando, porque pensaban que no los iban a recibir, pero que ellos que iban a saber que el Julian tenía esas intenciones.

## ANGELA<sup>9</sup>

A mí nunca me gustó pintarme, eso nunca fue para mí. Que se pinturretién otras, eso conmigo no va. Conocí el maquillaje ya de vieja, seguramente por eso no me gustó. Fue Amirla la que me ofreció maquillaje por primera vez, en pleno campamento, antes de una fiestica que teníamos, río abajo del Unilla. Si mal no estoy estábamos celebrando un año nuevo en marzo, cuando los operativos del ejército bajaron la intensidad y se pudo traer el whisky, la cerveza y el sonido. Traía polvos para emparejar el color de la piel, un labial entre morado y vinotinto, una sombra violeta y otra gris.

— Guardo estas cositas pa ocasiones especiales, échese.

Y mis 18 años sin maquillaje no fueron suficientes para decir que no. Dijo que a mí me sentaba mejor el violeta, que generaba un contraste brillante, así me dijo, con mis ojos color miel, y que eso les gustaba a los hombres. Yo me sentí empayasada toda la tarde. Los polvos me pusieron cara de mimo y me taparon las pecas, el labial se me corría cuando tomaba sorbos de cerveza, y la sombra me puso párpados de paludismo cerebral. ¡Nunca más!, me decía en el caño mientras me quitaba a restregones esa pintura de la cara. Sólo los volví a utilizar una vez. Eso fue después del acuerdo: cuando la guerrillerada se empanochó yo me puse a comer mucha galguería, y quién sabe qué me cayó mal, porque terminé en el hospital de San José con la apéndice a punto de estallar. Casi se me vuelve apendicitis. La operación, por un motivo que aún no le entiendo al médico — y eso que soy enfermera y operé a varios de mis compañeros de la misma vaina — había salido mal en algo, yo había

---

<sup>9</sup> Los poemas de este relato son de la autoría de una combatiente.

perdido mucha sangre y mejor era esperar una semana en observación. Bueno, pues será esperar, me dije.

Yo tenía miedo de estar lejos de los míos, desconfiando de todo el que se arrimaba. Yo creía que en cualquier momento un paraco se metería al hospital, le preguntaría a la enfermera dónde estaba yo y llegaría al pasillo, a descargarme un revólver encima. Por esos tiempos el acuerdo llevaba 4 meses de firmado y ya habían matado a 10 compañeros. Es que uno es otro sin fusil. Esa era la única visita que esperaba, pero la vida sabe dar sorpresas. Después del tercer día de estar postrada en esa cama, en una sala llena de alaridos sin dolientes, de heridos sin enfermeras, sin médicos y sin medicinas, arrimó el celador, el único que se arrimaba a las camillas y me preguntó:

— ¿Usted tiene familia?

— Sí, algunos, creo.

— ¿Conoce a Rogelio García?

Era mi abuelo. Hace mucho tiempo nadie me preguntaba por él, mucho menos con nombre y apellido. Me costó trabajo recordar que el nombre anunciado por el celador era el nombre de mi abuelo. Esa voz me vino a desempolvar una vida que hace 17 años había dejado de vivir. Mis cercanos, los que alguna vez creí muertos o desaparecidos, preguntaban por mí en el hospital, y yo así, sin colores en la cara, con un suero pegado al brazo, y hablando pasito, como en susurro, porque subir la voz me hacía doler la raja. Una mujer recién parida estaba a mi lado, y con sagrada puntualidad empezaba a maquillarse una hora antes de que su marido llegara. Ese día había resuelto preguntarle por qué tanta maquilladera, que si el parto le había dejado alientos pa pintarse: — Es que a mi marido le gusta verme con colores

—, eso me dijo. Yo le pedí un rubor, como para disimular ante mi abuelo lo pálida que estaba, me senté en la cama y esperé.

Llegó con la camisa desjaretada, una gorra de la U.P. asoleada y rota, y la misma sonrisa que le recordaba. — El tiempo no les pasa a los García — pensé. Recordé que una vez él me dijo que trabajar en el campo era robarle años a la vida. No se acercó mucho, mantuvo siempre una distancia como de respeto o de desconocido. Yo creo que no podía conciliar su recuerdo de la niña de 13 años y la mujer de 31 que ahora tenía al frente. Yo creo que estaba descubriendo quién era su nieta, y tal vez descubrió que era la misma que se fue. Le pregunté por mi Papá, por mis tías y por mi primo, en ese orden. De mi Papá sólo dijo — usted ya sabe todo lo que yo sé —, y lo último que supe fue que el ejército lo echó, por así decirlo. Unas tías estaban en Cali y otras se habían quedado por acá, y a mi primo Estiven ya lo había ido a visitar hace una semana. Estaba en Icononzo con otro frente.

— Sigue haciéndose el chistoso.

Él le había dicho que yo estaba por acá, y el miércoles estaba cogiendo bus pa San José y había averiguado por mí, con las precauciones necesarias porque el viejo no es güevón, y ahí estaba, saludándome, diciéndome que apenas estuviera buena me fuera pa su casa y ofreciéndome unas almojábanas cuando ni caldo podía tomar. Yo le dije que ya estaba buena, y que me quería ir ya mismo con él. Me daba soponcio sólo de pensar que tenía que pasar otra noche metida en el hospital. No esperé ni la quitada de los puntos, yo misma podía hacerlo. Allá fui a parar. Ocho días estuve en el rancho de mi abuelo, recordando quién era mi familia, desempolvando el amor que le tenía a cada uno, recordando el modo de alegar que tenía mi abuelo, zarandeando la gorra en la mano de un lado al otro, la forma

de ofrecer el almuerzo de mi tía, siempre tan gentil. Cuando llegué mandaron matar gallina y me hicieron un sancocho, fueron a pedirle un televisor prestado a la vecina, me lo pusieron en el cuarto junto al ventilador. Yo estaba como una reina. Ya después no me quería venir. Estaba amañada. Y me tocaba coger camino porque la fecha de regresar a la ETCR se había vencido. Cuando me fui mi abuelo me echó la bendición y me hizo jurar que no me olvidara de ellos. Yo le dije que me avisara cualquier cosa que supieran de mi Papá.

Y hasta el día de hoy no sé nada de él. Por eso llevo el recuerdo de mi Papá pegado como un fantasma. Porque él fue bueno conmigo. Yo era su única hija, mejor dicho, su única compañía. Él solo tenía miedo y yo muchas ganas de vivir. Por eso me fui. El hecho fue que a él se le empezó a desmoronar el mundo. En un ratico la vida le dio muchos golpes donde duele, pero yo creo que pudo soportarlos. Lo digo porque sé, era un hombre fuerte. Nunca necesitó de la señora que me parió para criarme, nunca metió mujeres a la casa, nunca me dejó pasar hambre. Eso sí, un día tocaba desayuno y almuerzo, y al otro desayuno y cena. Pero así vivíamos. Él me llevaba pa donde le saliera trabajo. Vivíamos de un lado pa otro, yendo a las veredas donde se decía que faltaban manos pa trabajar. Cuando no había con qué, nos quedábamos donde mi abuelo, que vivía en ese tiempo por los lados del Retorno. Viajábamos en Canela, una yegua pintona y de patas chorriadas, buena pa la trocha y de paso parejo, que aguantaba a mi Papá, a mí, y a los bultos que cargábamos con los coroticos. A mi Papá le gustaba cantar rancheras mientras cabalgábamos por la carretera hacia nuestro destino y yo siempre creí que la yegua lo escuchaba y le gustaba oírlo, porque algo de su paso cambiaba cuando él no cantaba, como que se aburría y cambiaba el trote. Yo creo que le heredé el don del canto a mi Papá. El tiempo que estuve pequeña me



montaba adelante, en su pierna izquierda. Me aferraba a su cintura con una mano y con la otra llevaba el cabestrillo del animal. Pero el último viaje que hicimos lo hice en anca, porque ya estaba grandecita, tendría como 7 años. Llegamos a montar ranchito pa trabajarle en la finca a don Flavio, porque mi papá iba ser el mayordomo. Entonces nos asentamos, me metieron a la escuela y el estudio se me dio, nunca perdí un año, hice hasta quinto y nunca perdí un año. Mi profesor me tenía cariño, a todos, mejor dicho. Víctor Alfonso Carrizo se llamaba. En un mismo salón les dictaba castellano, matemáticas y ciencias naturales a los niños de primero, segundo, tercero, cuarto y quinto, y cada grado tenía como 5 niños. Ahí nos enseñaba a leer, a escribir y a pintar. Pero hacía doble turno. Por las tardes arrumaba los pupitres, se ponía alpargatas, se volvía músico y nos enseñaba joropo. Sabía tocar el tiple, el arpa, las maracas, y sabía componer. Armó un grupito en el que yo estaba para enseñarnos, pausadamente, cada cosa que debíamos aprender: la forma correcta de entonar el alarido llanero, la sacudida de mano que requiere el cuatro, el jalón de la muñeca para hacer trotar a las maracas, el baile de los dedos en el arpa, todo.

Y nos enseñó bien, tan bien que sacamos un disco, donde yo hice de voz principal y lo grabamos en una disquera de San José. Víctor Alfonso, más conocido como Calillo, me escogió como la cantante, me decía que le gustaba mi manera de cantar, porque tenía la combinación perfecta: Un timbre sentido, pa enterdese de tú a tú con el arpa, y alto pa que todo el mundo lo escuchara. Yo me enamoré de cantar y de componer, y fue un oficio que no pudo arrebatármelo nadie, ni mi papá ni la guerra. Y porque no me dejaron cantar me alcé en armas. Por eso me fui a la guerrilla. De puro brava.

Con el disco nos fue tan bien que nos ganamos un puesto en un concurso que se iba a realizar en España, de músicas tradicionales alrededor del mundo, y la alcaldía de Calamar

nos iba a pagar todo. Solo había que llevar la autorización de los acudientes. Mi papá no quiso firmar. No me dejó ir porque le parecía una alcahuetería, una trampa para niñitas inocentes que caían en la trata de personas, que por allá volvían a las mujeres prostis y las encerraban como frutas exóticas para atraer al cliente gringo. Pues no me dejó ir. Resolví irme antes que el grupo de Calillo volviera del viaje. No podía creer que todos mis amigos se fueran a conocer España sin mí, yo, que nunca había salido de los llanos, que tocaran las canciones que habíamos compuesto entre todos sin mí. Tenía rabia con todo el mundo y solo tenía en la cabeza irme. Era como si todos y al mismo tiempo ninguno, tuvieran la culpa de lo que me pasaba. Así que un 4 de abril del 2002 me le volé a mi papá de la casa, me salí por la mañana, diciéndole que iba a conseguirle un aceite a la motobomba. Lo único que hice para indicarle mi partida fue dejarle el disco que nunca quiso escuchar metido entre las sábanas, como recuerdo.

Cogí una moto y me fui a encontrar con Juanchaco, un miliciano con el que uno hablaba si se quería ir. Eso lo sabía porque mi primo Estiven había hablado con él, hace un año, mientras nos tomábamos unas cervezas en el billar. Y allá lo fui a buscar y lo encontré. Era alto y lento. Lo jalé de la camisa y le pedí el ingreso, como dándole una orden. Le dio fue risa, me dijo que yo estaba muy pequeña y que me fuera para la casa, que lo dejara en paz porque justo en ese momento estaba muy ocupado. Pues más rabia me dio. Yo estaba decidida y cuando se me mete algo en la cabeza no me lo saca nadie. Estaba mamada de que me trataran como nada, de que todo el mundo me sacara el culo, con la sangre caliente por el sol del mediodía y por la rabia. Y le hablé, yo desde mis alturas y él desde las suyas

— Ahh, pues si usted no me quiere llevar yo llevo solita.

Yo sabía por dónde coger, yo sabía por dónde llegaban y por donde se iban los guerrilleros. Mi primo visitó dos veces el rancho de mi papá después de enfilarse, me contaba cómo iba la vaina, que lo iban a mandar para lejos y me hablaba de los caminos que le tocaba andar. Yo ya había andado esos caminos antes de ser guerrillera, había jugado a los policías y a los ladrones en la mata y me había topado con el ejército y con la guerrilla. Yo ya sabía por dónde era, y por esos caminos cogí.

### **La vida no se queda con nada, y al monte me fue a buscar**

Tres años después de mi ingreso me encontré con Estiven, estaba más flaco y le habían salido pelos en la cara. Venía con una comisión del bloque central y bajaba para donde El Mono. Algo importante debía ser, porque para bajarse del Huila o del Cauca tenía que ser algo urgente. Yo estaba por Caño Cabra, frenteando situaciones de orden público, y me habían mandado a llevarle una remesa a un comando que se movilizaba hacia el sur. Me dieron las coordenadas y me fui con otros dos. En la comisión venía mi primo.

— Quiuuubo Ángela, perdón, señorita Patricia Sol.

Y se echó a reír. Yo le dije que dejara la bobada y que fuera serio, porque con las chapas no se juega. Yo me había puesto Patricia Sol porque escuchar música cantada por hombres es lindo, pero escuchar a Patricia Terán, eso es otra cosa. Me gustaba el joropo tanto como el vallenato, y no cualquier vallenato: el que cantaba Patricia Terán. Y el Sol fue porque mi profesor, Calillo, me decía que yo era la estrella luminosa del llano. A mí me daba pena y me ponía roja como un tomate.

Nos empanochamos y nos pusimos a charlar. Me contó que estaba prestándole guardia a Alfonso Cano en el segundo anillo de seguridad. Que sólo lo había visto una vez y de

noche. La noche que le dijeron que fuera a dejarle un recado al Mono. Fue el mismo Alfonso Cano el que llegó a darle las instrucciones sobre la misión. Me lo describió como un hombre demasiado cordial y demasiado serio. De palabras precisas y órdenes claras. Uno crece en las FARC escuchando que Alfonso tenía la brújula ideológica de nosotros, que sus ideas tenían la fuerza para cambiar este mundo. Y conocerlo se convertía en todo un honor. Era una comunicación delicada y más valía ser cuidadosos y mandarla personalmente. Es que con los radios nunca se sabe. Y me empezó a contar:

— Eso es lo que a mí me da putería, que no dejen a la familia quieta. A mi tío le llegaron a la casa tres hombres con camuflados del ejército y uno de jean, con camisa y pantaneras, todos cargaban fusil, y el del jean jalaba a la yegua de mi tío con un cable amarrado al hocico. Cuando mi tío les abrió le zamparon un culetazo en el buche y lo mandaron al suelo. Le dijeron que lo sabían todo, que él había dejado a su hija en la guerrilla y se había salido para conseguirle las vainas que necesitaba. Le dijeron que si no decía cuál era la ubicación del campamento tendrían que dar una vuelta en su yegua. Y mi tío no tuvo nada que responder. Entonces lo molieron a patadas, lo amarraron de pies y brazos, le pusieron una estopa en la cabeza y lo echaron en el lomo de Canela, como si fuera un bulto de papa. Lo llevaron para el plantío de coca que está minado y le dieron dos opciones. Le dijeron:

— Vea: o atraviesa el plantío minado y si pasa al otro lado aquí no ha pasado nada, porque dios nos quiere dar una señal de que usted es un hombre bueno, y nosotros nos vamos y ya, o coge por la mata, y si coge por la selva es por guerrillero, y a mí esa me parece una mala opción porque ya le pusimos un chip en la ropa. Y pa donde sea que coja lo vamos a encontrar y lo vamos a matar. Cinco minutos de distancia le damos.

Y mi tío no dejó ni acabar al hombre y arrancó a meterse en la mata. Yo de él, por puro susto de tener ese aparato encima, me pelo y echo a correr en bola selva adentro.

— ¿Y usted cómo supo todo eso?

— Me lo contó mi abuelo, me hizo llegar una carta, usted sabe cómo es él, que no deja pasar nada.

— A mí nunca me hizo llegar nada.

— Por algo sería.

— Y qué, ¿qué más sabe? ¿Cómo está Calillo? Los que llegan del frente séptimo dicen que por allá rematan hasta los muertos.

— Al hombre le llegaron en una moto y lo cogieron a balazos en la puerta de la escuela, cuando salía de dictar su clase de música. Oiga lo que me escribió el abuelo.

Estiven se sacó del bolsillo una bolita que estaba enrollada en hojas de plátano atado con cabuya, y con mucha ceremonia desenroscó, abrió y leyó la tercera página de la carta que tenía:

“Fue como decirle al pueblo que en tierra de paracos no se tocaba joropo, que se fueran a zapatiar a otra parte, que era mejor que nadie saliera porque se exponía a ganarse un tiro. Esa fue la muerte que le robó el aire al pueblo. No hay cantinas abiertas, no hay clases, no hay gente, no hay nada. Parece un pueblo fantasma. Uno se lleva la impresión de que la desgracia acecha a Calamar, como si la muerte estuviera en cada esquina, agazapada, esperando, y hasta con la respiración hay que tener cuidado para no llamar su atención. La gente se está saliendo de a manadas, de puro desespero y de puro susto. Por aquí llegan a

contar historias de familias que se metieron a la mata, por andar huyendo, y no volvieron a salir, que se los tragó la selva. Así estarían de desesperados. Yo me fui hace como un mes, estoy donde su tía en Cali. Arrumados todos en una casita...”

Eso fue lo último que supe del pueblo.

### **De Patricia Sol:**

Yo me había hecho guerrillera. Se hizo cotidiana mi necesidad de sobrevivir al estar rodeada de aviones, de bombas, de balas, del peligro, de la muerte en todo caso. Porque uno la tiene cerca todo el tiempo, uno sabe que en cualquier momento le puede llegar su hora, y hay que aprender a tener la muerte de aliada. Porque si uno tiene mucho miedo se pasma y ya está muerto, pero si uno aprende que la muerte es un motor que impulsa y lleva y lo despabila a uno, que es una fuerza que hace tener los ojos bien abiertos, ya se tiene un seguro de vida. Acostumbrarse a eso no es fácil. Yo llegué siendo una niña, tal vez por eso aprendí rápido. Ese es un hábito necesario, que hay que aprenderlo. Y eso solo se aprende con la disciplina. Enfrentarme con la rigurosa disciplina de las FARC fue lo más difícil. Eso no era como en la casa, que a usted lo mandan hacer una cosa y si se le da la gana lo hace, y si no pues no. Allá lo mandaban y uno tenía dos opciones: o hacerlo o hacerlo, y ya. Si lo hacía mal se ganaba una sanción. Y listo. Yo no había pensado en nada de eso cuando me fui.

Yo sólo cogí mata adentro y cuando me di cuenta ya se había hecho noche. Me entró un pánico de verme ahí, en medio de la nada, rodeada de puro monte, y lo único que hice fue acurrucarme debajo de un arbolito y llorar. Las lágrimas se me secaron y me entró el miedo. Un montón de ruidos extraños me hacían creer que algo me iba a saltar encima y de

un tarascazo me comería. Un frío como de soledad, de noche o de abandono me entró y me hacía temblar todo el cuerpo. Fue una noche horrible. Pero el cansancio hizo lo suyo y me mandó a dormir sin que yo me diera cuenta. Soñé que mi papá estaba en la puerta de la casa, viendo el camino por donde yo me había ido, esperándome junto a una mujer que no conocía.

Así amanecí. Quise desandar los pasos, pero ya me había perdido. Caminé todo el día y por la tarde di con un cañito. Ahí calme una sed acumulada de dos días. Yo tenía mucha hambre, no más de ver los pescaditos que corrían por el caño me daban ganas de lanzarme a ellos y comérmelos crudos. Ahí me quedé, porque estar sin comida me tenía mareada, como con ganas de vomitar lo que no había comido. Alcé la cabeza y en la punta de una peña, al otro lado del caño, una persona me observaba acurrucada, como vigilando. A mí me dio miedo y como animalito de monte me fui a esconder detrás de un árbol. Me llegó por detrás y yo ni cuenta me di. Cuando la noté ya me estaba lanzando una pregunta:

— ¿Y usted pa dónde va niña?

— Voy pa la guerrilla.

Respondí como si fuera la pregunta de una previa hecha por un profesor. La muchacha se rió y me dijo — vamos—. Yo me llevé la impresión de que hace mucho tiempo me estaba mirando, y que no se había acercado por puro saber quién era yo o qué estaba buscando. Caminamos como medio día. Cuando llegamos al campamento yo estaba más calmada.

— Le presento a la guerrilla. Yo me llamo Amirla, mucho gusto. Y usted tiene que ponerse un nombre.

Me llevó a comer, me acabé tres platos de lentejas con arroz y me tomé cuatro vasos de preparada — deje para sus compañeros mijitica — me dijo y yo me reí. Pero el miedo me volvió y no me dejaba tranquila. Yo no me acostumbraba a nada. Los guerrilleros se me acercaban, como queriendo hacer conversa y yo no les respondía nada. Me gané el apodo de La muda. Yo no tenía palabras para nadie. No me bañaba con los muchachos, sino que me iba pa un rinconcito caño abajo y por allá me jabonaba. Lo bueno es que yo soy flaquita, siempre lo he sido, y en la básica no sufrí tanto. Uno tenía que saltar obstáculos, pasar debajo de un parrillado de alambre, y los que eran gruesos de cuerpo se quedaban engarzados. Con el ejercicio nunca sufrí porque yo practicaba fútbol, me la pasaba brinconiando. Mi cuerpo estaba preparado para enfrentarse con las exigencias del guerrillero. Eso es virtud del campesino, que soporta más fácil el trajín de la guerra. Otra cosa es el que llega de la ciudad, con ese hay que tener cuidado hasta pa mandarlo a hacer el chonto, porque se pierde.

Cuando llegaba la noche me ponía en la caleta y empezaba a llorar, yo creía que nadie me escuchaba, pero lo cierto era que no dejaba dormir a nadie. Odiaba dormir ahí, esa vaina era muy dura para mi espalda, yo quería mi cama y quería devolverme pa donde mi Papá. Ahí sí tuve tiempo de acordarme de mi viejo. Entonces el comandante, estresado conmigo, dio la orden de que durmiera con alguien en la caleta y Amirla se ofreció. — ¿Por qué llora tanto niña? — me preguntaba y yo no sabía sino responder con sollozos. — Tiene que acostumbrarse porque esta es la vida del guerrillero. Fue Armila la que me introdujo a esa vida, se puso en la tarea de ser algo así como mi mamá: Me levantaba en las mañanas para que estuviera lista, si tenía que ranchar ella me acompañaba y me enseñaba cómo era la cosa, me enseñó a armar y a desarmar el fusil porque fui muy bruta con eso. Me regañó por



estarme bañando con los jugaos de todos, me dijo que no fuera bestia y que me bañara río arriba, si es que no podía con la pena.

La primera labor que cumplí fue la de ecónoma. Y ni con eso daba pie con bola. El ecónomo es el encargado de distribuir las porciones de comida, de almacenarlas y de identificar puntos estratégicos para guardar caletas con víveres. Mi trabajo era contar libras de arroz, de lenteja y de arveja. A veces distribuía mal las porciones y tenía a los muchachos comiendo sólo arveja o solo arroz durante la semana. — Tras de muda ciega — me decían. Y otros guardaban silencio, y yo no sabía qué era peor: que me dijeran algo o que no me lo dijeran. Pero los compañeros se encargan de enseñarle a uno lo que tiene que aprender. Todos los que lo rodean, de alguna manera algo le aportan a uno. Es una sucesión: el que tiene experiencia le enseña al nuevo y así se va aprendiendo, de a poquito.

### **Del amor**

El primer amorío que tuve fue a los 16 años. Él tenía 22 y yo 16. Varios me molestaron, pero ninguno me gustaba. Fue Carlos el que me gustó, y creo que me gustó más por lo fogoniado que estaba que por su cara. Era un buen subordinado, sabía de armas, de armar minas, manejaba radios, se ubicaba muy bien por la mata, reconocía palos y sabía distinguir cuál era el mejor camino para marchar. Y yo quería estar con alguien que me enseñara, que me instruyera de manera precisa el trabajo de ser guerrillera. Me empezó a coquetear de lejos, lanzándome miraditas pícaras mientras hacía sus cosas, y yo me hacía la desentendida. A mí me gustaba que se me quedara viendo, y entre más me veía yo más me hacía la loca. Como si no estuviera pasando nada. Pero algo por dentro se me revolvía cada vez que yo sentía sus ojos encima. Y un día me cogió de sopetón, sin previo me aviso me

dirigió la palabra y yo de la pena le balbucí una bobada. Me había descubierto. Desde ese momento él supo que yo sentía algo por él y jugaba con eso. Amirla se dio cuenta y me celaba. No me dejaba estar sola con él. Me decía que tuviera cuidado con ese muchacho. Se ponía brava de solo imaginar que nos mandaban a marchar juntos. Yo en su momento no entendí su actitud, llegué a creer que ella estaba enamorada de Carlos. Después supe por qué. Nosotros empezamos a salir al camuflé. Él iba y se me metía en la caleta en la noche, como un gato. Y antes de que la guerrillerada empezara su día se devolvía pa su caleta. En el día éramos dos guerrilleros que se conocen y ya. Yo solo esperaba a que llegara la noche para que él me fuera a visitar. Le dije que nos formalizáramos, que nos hiciéramos socios, porque esa maricada de andarse uno escondiendo no me gustaba. Pero no quiso hablar con el comandante, prefirió dejar las cosas así.

Y así quedaron las cosas. Tres meses después supe por qué no había querido formalizarse conmigo. Él tenía cuento con otra muchacha y uno descubre esas cosas como sin querer queriendo. Ese día salí de ranchar, como al medio día, y me fui pal chonto porque estaba urgida, algo me había caído mal. Y cuando llegué Carlos le estaba dando besos a otra muchacha. Yo no dejé que me viera. Me quedé un rato viendo, como para confirmar si lo que vi era cierto, porque yo no lo podía creer. No le dije nada, me lo tragué todo y me fui a hacer mis cosas. Pero la rabia y la tristeza empezaron a consumirme. No comía, no quería levantarme de la caleta, no quería saber de nadie. Aunque no se lo dije, Amirla ya sabía por qué yo estaba así. La guerrillerada empezó a darse cuenta y le hicieron a Carlos un par de reclamos, le dijeron que no podía seguir así. Que hablara conmigo. Y una mañana, como a la semana digamos, decidió ir a buscarme a la caleta. Cuando lo vi ahí parado, con su cara de güevón, una rabia que hasta el momento no me conocía me hizo buscar el fusil y

ponérselo en la cabeza. — Por perro hoy lo mato — Y el pobre Carlos empezó a gritar que yo lo iba a matar, que auxilio y que lo ayudaran, pobrecito, cómo lloraba. Lo hice arrodillar y lo hice pedirme perdón. Yo creo que vio mis ojos encendidos y se sintió muerto. Amirla y otros llegaron a la escena. Ella me puso la mano en la espalda y me dijo que me tranquilizara. Yo temblaba de la rabia. Ella me quitó el fusil y apenas se paró Carlos me aventó un madrazo y me amenazó: — Esto lo va a saber todo el mundo — me dijo. Y yo caí en cuenta que mi falta era para que me llevaran a consejo de guerra, y si fallaban en mi contra hasta me fusilaban, por intento de homicidio.

El desamor se me pasó y me entró el miedo por creer que me iban a fusilar. El comandante dio el parte de la situación a sus superiores y a los tres días estaba llegando una voladora, por el río Inírida, a nuestro campamento. El sonido de ese motor es inconfundible, un 185, que traía a los comandantes que iban a resolver la situación con Carlos y conmigo. En esos días no se permitía hacer ningún ruido en la noche, ni levantarse de la caleta después de las 18:30 porque había mucho infiltrado, y ellos aprovechan lo oscuro para hacer de la suyas. Entonces pude escuchar la lancha como a 1km de distancia. Yo temblaba de sólo pensar que los comandantes me tomarían por loca y por darme escarmiento me amarrarían a un árbol. En el tiempo que se demoró en llegar la voladora, repase metódicamente cada una de las posibilidades, imaginaba todos los posibles escenarios de mi futuro, creyendo que al imaginarlos ya no pasaría. Supersticiones que uno crea. Yo no quería que nada de lo que trajinaba mi cabeza me pasara, temblaba como invadida de un calosfrío por la incertidumbre, me carraquiaban los dientes como un cafuche, como cuando uno tiene mucho frío, así me sonaban. Quise que el mundo abriera un hueco y me tragara.

Llegaron y eso fue rapidito. Ellos eran dos, nos citaron a Carlos a mí, y nos dijeron que escogiéramos a un abogado. Yo escogí a Amirla y el escogió a su compinche. Nos preguntaron qué había pasado: el abogado de Carlos dijo que yo era una loca psicópata, que había querido matarlo porque él no había querido estar conmigo, que yo no era una combatiente apta para la guerra, y que lo mejor era que las FARC evaluara la situación y tomara medidas conmigo. Yo temblaba de la putería solo de oírlo.

Amirla me calmaba apretándome la pierna. Cuando le dieron la palabra ella dijo que la situación con el compañero era muy delicada, que él venía de otro frente, trasladado por petición del comandante porque por allá había tenido muchos problemas con muchachas y aquí llegó a hacer lo mismo. Dijo que esa no era la moral de un combatiente, que el guerrillero no jugaba doble con las personas y que era necesario aplicarle una sanción al muchacho. El comandante no dudó mucho en imponer su sanción: Durante un mes mandó a que Carlos le hiciera los chontos a todo el campamento, y le advirtieron que era la última vez que las FARC soportaban una situación de esas. Y a mí me advirtieron que no me permitirían poner nuevamente en riesgo la vida de un compañero.

### **Del oficio**

Duré como un mes saboreando el fresquito que me había dejado mi victoria. Y esas cosas que pasan lo van cargando a uno de fuerza para tomar con mayor compromiso la lucha revolucionaria. Uno empieza a reconocer las necesidades de la guerrillerada, uno se entiende como pieza fundamental de un engranaje, de un organismo en el que todas sus partes tienen que estar funcionando de manera precisa, para ejecutar con la máxima eficacia las diferentes tareas que la revolución le va poniendo a uno. Cada quien, según sus

facultades, se va colocando en una parte del sistema. Y yo veía que mi unidad desde hace rato venía sufriendo por la falta de enfermeros. Por ley de las FARC cada unidad debe llevar al menos uno.

Me preparé con varios cursillos, que duran tres meses. Hay otros cursos más especializados, pero a esos nunca pude asistir, no se me dio la oportunidad, porque cuando se iban a dar el ejército rodeaba la zona en la que nos encontrábamos y se hacía imposible salir. Pero el conocimiento que me faltó lo adquirí con la experiencia y con los compañeros que le enseñan a uno. Yo hice cursos de primeros auxilios, de instrumentación, curso para anestesiólogo y de cirugías. En la primera operación a la que fui como observadora me desmayé. A un compañero que estaba frenteando situaciones de orden público lo habían pulmoniado. Lo sacaron de combate y lo llevaron para el campamento donde yo estaba, entonces Aldemar, que era el enfermero más médico de nosotros me llamó para que lo asistiera. El pelao venía consiente y todo el procedimiento se hizo sin anestesia, esa vaina se había acabado y no se había podido traer porque el ejército no dejaba. El pulmoniado se muere porque la caja torácica se llena de sangre y le impide el movimiento de inhalar y exhalar al pecho. Se mueren asfixiados. Entonces uno escoge el intermedio de las costillas, por la altura del balazo, hace una incisión y se mete un tubo para que la sangre desagüe por ahí. El pelao llegó morado, a punto de morirse. Pero con los ojos bien abiertos. Y usted preguntará por las medidas higiénicas, y yo le digo: Nada es más limpio que la selva. Las bacterias se acumulan en los hospitales, en las ciudades, no en la mata. Cuando Aldemar le colocó el tubo en las costillas la sangre salió disparada. Ese olor metálico se espació por todo el lugar como una prueba de que la muerte estaba cerca. Yo sorbí ese olor por las

narices y me entró en el estómago, me revolvió la bilis, y un vómito nacido de no sé dónde se me vino y caí desmayada. Hasta ahí supe del enfermo.

Pero la impresión de la sangre se quita con dos o tres desmayadas. Y cuando no es el ejército, o una hernia por una mala fuerza, o una apendicitis, son las enfermedades tropicales. La guerra que nos hacía el ejército no era solamente armada, también nos cortaban las líneas de suministro, nos quitaban la posibilidad de traer remesa y medicamentos, entonces tocaba improvisar. No había de otra. O era la muerte o era utilizar lo que se tenía al alcance de la mano. Aldemar era un negro con una intuición capaz de encontrarle escape a las emboscadas más tenaces que tendía la muerte. Una vez nos encontrábamos acorralados por el ejército, y una jovencita recién entrada tenía leishmaniasis. No teníamos inyecciones para ponerle, y este hombre, desesperado por la salud de la compañera, empezó a probar sanarla con la leche que los sapos sueltan del lomo. Trajo uno y trincó a la compañera, porque no se quería dejar echar esa vaina. Yo tampoco me hubiera dejado, pero la necesidad tiene cara de perro. Le había picado en el hombro y tenía un hueco que le llegaba hasta el hueso. Sobó el lomo del sapo, recogió en una hojita la leche y se la puso. Bastó una semana aplicándole la leche de ese sapo para curarla. Yo le decía que él era un negro con corazón de indio, yo veía en sus ojos pura malicia indígena, de esa capaz de conocer e identificar las propiedades de las plantas y de los animales que lo rodeaban para curar. Con él aprendí que para la fiebre el mejor remedio es el matarratón. Se machaca, se le echa limón y eso corta la fiebre. Y si el caso es muy extremo, se hace una cama con las hojas del palito y se deja al enfermo acostado ahí. Y combinar el palo costillo, que es un palo acanalado, con alarem, funciona para combatir el paludismo. Se hace una infusión con las plantas y se toma dos o tres veces al día. Eso sí, uno encuentra guerrilleros

mañosos que se inventan enfermedades para que no se les ponga trabajo. Pero Aldemar era a prueba de mañas. Cuando él sospechaba de un guerrillero que se estaba haciendo el güevón, le avisaba al comandante y le decía que aplicaría la técnica. Entonces llegaba y le daba al supuesto enfermo una aspirina que en realidad era una lenteja. Y a más de uno le descubría que la enfermedad era mental y no física. — Pura falta de moral — y se le ponía trabajo para que cogiera las fuerzas que le faltaban.

### **De la impotencia**

Yo no me creía la muerte de Alfonso Cano, me enteré por radio y fui la primera de mi unidad en saberlo. Le solté la noticia a los compañeros y les cayó como una bomba. Yo creo que soportar el estruendo de una bomba hubiera sido más fácil que soportar el sonido de las palabras que informaban la muerte de Alfonso Cano. Porque fue una traición. El comandante en mando estaba empezando a tejer el escenario para los diálogos de paz con Santos. Pero Santos decidió acecharlo y bombardearlo. Y a él no lo mataron con las bombas, fue el ejército, cuando desembarcó: le pegaron un tiro a quemarropa. Hubieran podido capturarlo, pero prefirieron darle muerte.

A mí me tocaba guardia ese día, y llevaba vivita la pena y el desespero por la muerte del comandante. Quise buscar el cuadernito donde escribía todos mis poemas, para desatar en una canción el nudo en la garganta que tenía por su muerte. Pero el cuadernito lo había dejado en la caleta, y lo único que traía para escribir era un lapicero enredado en la oreja. La canción empezó a salir solita, pronuncié la primera palabra y esa fue llamando a las otras, se hizo un verso y ya tenía el sonsonete para hacerse corrido. Cuando tuve la primera estrofa busqué una hoja de platanillo y terminé de componer ahí este poema:

Estas fueron sus palabras comandante Alfonso Cano

No hay patria sin libertad, lo decía con puño en alto

Ahora estamos en las filas para siempre respaldarlo

Hay que acabar por completo el gobierno americano

Explotan al mundo entero y no dejan de fastidiarnos

Es por eso que estamos en la lucha, para siempre liberarnos

Aunque su cuerpo está inerte sus ideas siguen vigente

Cumpliendo con su palabra, estaremos poniendo la frente

Aunque no estés con nosotros te llevamos en la mente

El pueblo ya está cansando y se está organizando

Por los campos y ciudades al triunfo vamos arrimando

Esta fuerza campesina de la guerra están cansados

La salud y la educación es algo fundamental

La tienen solo los ricos pues tienen con qué pagarla

Y los hijos de los pobres no tienen con qué jugar

Ya con esta me despido poniendo punto final

En memoria al comandante al pueblo vamos a guiar



Para llegar a la meta que tenemos que lograr

Esos fueron días pesados para todos nosotros, porque la promesa de un diálogo de paz rondaba entre la guerrillerada, y unos trataban la idea con optimismo, muchos sentían la necesidad de creer y de apostar todas nuestras energías para acordar la paz, pero otros veían muy lejana la posibilidad, veían con escepticismo las intenciones del gobierno, porque la historia nos demuestra que del gobierno nacional uno sólo puede esperar la traición, que esa gente sólo vela por sus intereses y por amasar poder y fortuna. Aunque mataron a Alfonso Cano el secretariado de las FARC continuó con su firme intención de darle fin a la guerra armada. Y todos esos esfuerzos se materializaron con la formalización de la mesa en La Habana. Pero el comienzo de esos diálogos no significó para nosotros el cese al fuego. Recuerdo que el primer día en que se regó la noticia de que Timochenko se había sentado con los negociadores del gobierno, Amirla me comentó que tenía dos meses de embarazo. Y yo salté de la alegría y le di un abrazo. — No se pudo esperar unos mesecitos más, ¡so boba! — le dije y le di otro abrazo. No me quiso decir quién era el papá. Aunque ella sólo me llevaba cuatro años yo la sentía muy sabia. Su presencia siempre me recordó a la mamá que nunca tuve. La señora que me parió me dejó botada cuando tenía un año, y se volvió a aparecer cuando tenía 6, diciendo que venía por mí y que me fuera con ella. Yo me escondí detrás de mi papá cuando ella apareció, y él le dijo que se fuera, que ahí no tenía nada que hacer. Y por pura venganza nos echó al bienestar familiar y me tuvieron como 4 días por allá. Ese es el único recuerdo que tengo de la señora que me parió.

La idea de que Amirla fuera madre me llenaba de alegría, sentía que ese bebé tendría dos mamás. Pero nosotros todavía estábamos en guerra. Y yo era la única que sabía del embarazo de Amirla, ella no quiso informar, quiso esperar a que el acuerdo nos sacara de la

mata. Y así estuvimos. En esos días llegamos de una marcha, éramos como cinco, y el comandante nos pidió que montáramos guardia. Llegamos a un lugar muy lindo, un roquero lo más de hermoso que tenía un despeñadero y formaba un pozo de agua cristalina, y el reflejo del sol penetrando en el agua daba la impresión de que en el fondo se encontraban perlititas de luz. Amirla fue escogida para hacer guardia y yo me despanoché, me quité la pechera, me descamisé con ganas de botarme al caño y, mientras tomaba la decisión, no se me dio por nada sino por ponerme a desarmar el fusil. Y de repente escuchamos que nos empiezan a quemar tiros en la retaguardia, nos habían emboscado porque al otro lado el río estaba crecido, por ahí 30 metros de pura agua caudalosa y brava. Era río de invierno. Yo no sabía qué hacer, no sabía si pararme y correr, si armar el fusil, si coger el equipo, si salir al lugar donde se encontraba Amirla, no sabía qué hacer. Pero ella llegó primero a mí. Vio que tenía el fusil desarmado y me hizo señas con la boca para que lo armara. Ella me cubrió mientras yo lo ensamblaba. Rapidito lo cogí y empecé a quemar tiros, pero no tuve tiempo de agarrar el equipo. Las dos teníamos unas M14. Y ahora había que decidir si frentear al enemigo o botarse al caño crecido, y las dos opciones parecían igual de suicidas. El plomo que nos estaban quemando ya estaba encima, así que no hubo de otra, y las dos nos botamos al caño. Y qué sorpresa nos llevamos, cuando nos dimos cuenta que al otro lado del caño también nos estaban quemando tiros. Yo solté el fusil y me sumergí en el agua, esperando que la corriente me arrastrara lejos, salía a la superficie a tomar aire y me volvía a hundir, esperando que ese músculo de agua se pusiera de mi parte y me llevara a una orilla con vida. Y le río me arrastró hasta una de sus curvas y ahí ya estaba un compañero, que me ayudó a salir. Yo me quedé viendo esa curva del río, rogándole al agua para que me sacara a Amirla. Mi compañero me apuraba y me decía que nos fuéramos, porque el ejército que estaba al otro lado de la orilla ya venía por nosotros. Yo aguanté hasta lo que

más pude, hasta que el ejército estuvo como a 100 metros de nosotros, y en el último momento Amirla apareció. La sacamos y estaba encorvada, con una mano en el abdomen. Yo me di cuenta que me habían zampado un tiro en la canilla y no podía correr. Entonces el compañero pilló un metedero entre las raíces de un guarumo, y ahí nos metimos las dos, abrazadas, mientras el compañero nos cubría de hojas y salía a correr. Él fue la carnada y cuando el ejército pasó por ahí ni cuenta se dieron de nuestra presencia. Y ahí estuvimos, como 8 horas calladitas, respirando pasito porque la zona estaba plagada de ejército. Pasaron como 5 unidades por donde estábamos, y yo lloraba pasito, tenía mucho susto de morirme ahí. Cuando creí que el ejército había pasado, después de estar mucho tiempo arrumada entre esas raíces, le pregunté a Amirla que si ella creía que ya era momento de salir. Pero Amirla no contestó. Le puse mis manos en la nuca y me di cuenta que estaba fría y que mis manos tenían sangre de ella. Y yo puse mi frente en su carita y empecé a llorar. Las ganas de salirme del hueco en donde estaba se me quitaron. Quise quedarme ahí, con ella, para siempre. Y yo no sé qué hubiera sido de mí si el compañero que nos puso ahí no hubiera regresado. Nos destapó con cuidadito, ya la noche estaba cayendo. Nos vio ahí y notó el color que tenía Amirla. Ese pálido con que la muerte colorea la piel del vivo. Le puso la mano en el abdomen a Amirla y se dio cuenta que tenía dos balazos. Se acurrucó, puso el fusil en su frente y empezó a llorar. Y yo ahí supe quién era el papá del bebé.

— Vamos a enterrarla con todos los honres — me dijo, y sacó una hamaca de su equipo y ahí pusimos el cuerpo de Amirla.

Dos días duramos intentando salir del cerco que nos había tendido el ejército. Aunque yo tenía un balazo en la canilla podía caminar, y dimos con las coordenadas donde se encontraban nuestros compañeros. Nos vieron llegar con la hamaca y hubo ese silencio que

sabe imponerse cuando no hay necesidad de muchas explicaciones. Dos compañeros se pusieron a cavarle la tumba. Y ahí le dimos sepultura, al pie de la orilla de un río. Y fui yo quien se ofreció a hacerle la guardia de honor a Amirla. Quince minutos sin parpadear frente a la tumba de ella, con el fusil en el pecho y la moral alta. Mientras le hacía la guardia fui tallando en mi cabeza unos versos en su honor. Y que me perdone la muerte, pero yo quería celebrar la vida de mi compañera y esto fue lo que le escribí:

Mujer guerrera humilde compañera

eres hermosa como flor de primavera

camina tranquila entre las riberas

y como madre defiende la tierra

en contra del despojo empuña su bandera

ella es ejemplo verdadero de la lucha

la lucha que hoy emprende el pueblo

en memoria de aquellas que

quisieron dejarle a su pueblo un futuro justiciero

camina guerrillerita, camina entre los rayos de sol,

camina entre campesinos llevando este canto de revolución.

En este pueblo brilla una estrella

Y entre la luz, tu firmeza guerrillera

la dura historia de la lucha justiciera

niños mujeres y ancianos

de hambre se mueren en Colombia entera

diáfana mujer, llena de fortaleza,

rebosante de moral esa alegría empieza,

la paz en Colombia será justicia nuestra.

## CORRIDO DEL QUE SE AUSENTA

### Ya vine de donde andaba

Antonio Aguilar

“A mí me hubiera gustado quedarme acá, por estar pendiente del pucho de gallinas y de las maticas de yuca. Hasta me hubiera animado a sembrar caña y a construir el trapiche, para sacar guarapo y panela, porque de niño comí mucha de esa miel y me empalagué tanto que su sabor se me quedó ahí, debajo de la lengua. En el 63 trabajaba por los trapiches de Cimitarra, con mi hermano Albeiro, y cuando se acababa la jornada nos traíamos un vasado de leche recién salida de la vaca, dejábamos derramar la miel caliente de la pala de madera y veíamos cómo los hilos de melcocha se sostenían en la capa de espuma y después se hundían a ponerle ese color dorado a la leche blanca. Entonces me hubiera gustado. Pero no se pudo, porque aquí mandan los que dejan soltar más balas. ¿Sí o qué, Culumbo? Esta tierra no conoce ley distinta ni acuerdo de paz que pueda cambiarla. O al menos eso creo yo, mijo, que ya estoy viejo, y anduve lo que anduve y véame, no me han dejado parar en ningún sitio. Solo en la cárcel duré más de 15 años, porque a los 14 yo ya andaba por Bogotá, trabajándole como mensajero a la señora de una fama. Pero por aquí no pudo ser. Y eso se supo porque todo empezó a salir mal. Nadie nos cumplió y las mañanas empezaron a alumbrar a los finados en la carretera. ¿Usted distinguió a Jaime? Jota Erre, así le decíamos en la mata. A él lo cogieron cortico en la carretera, cuando se devolvía del pueblo a la ETCR, le quemaron par tiros y ahí lo dejaron, botado. Así fue. Así mismito. Nadie vio, no hubo dedo que apuntara al culpable y aunque uno no los veía se sabía quiénes

eran, porque uno sabe, eso se sabe, ¿cierto?, para quién trabaja cada cual. No fue sino irnos para que ellos llegaran, mejor dicho, para que pelaran el cobre, porque siempre estuvieron. Es que cuando no hubo luz por aquí se puso feo, y se fue la luz porque no hubo plata para el ACPM de la planta de energía. Dejaron sin electricidad a todo el caserío. Entonces los que querían cobrar venganzas aprovecharon lo oscura que se puso la noche, y aquellos, los de arriba, se olvidaron que tenían una deuda con su gente, con la base. No se acordaron que por aquí nos habían dejado.”

— Pero eso se sabía, Mocho, desde un comienzo.

Las estrellas claritas, en el alto cielo. Por el occidente unos nubarrones se acercan con cara de lluvia, tiñendo de rojo el cielo a su paso. Las ranas, que saben anticipar tormentas, cantan y acompañan, como música de fondo, las palabras del Mocho.

— “¿Sí lo vio? Y si no lo vio ahorita lo escucha. Mejor dicho, esperemos a los muchachos adentro, porque se va a caer, tiene cara de que se va a venir con fuerza y cierre bien, Culumbo, tranque esa puerta, porque uno nunca sabe. Póngase las del gato”.

El Mocho se pone de pie con un brinco y camina hasta la puerta con el afán que generan las ganas de resguardarse, abre y ve cómo lo oscuro de la noche se metió en su rancho, impidiendo distinguir cosa conocida. Prende un fósforo y se asegura de que las cosas que lo acompañaron en estos últimos tres años aún se encuentran ahí, de que todavía esa es su casa. Culumbo se para y lo sigue a la entrada, después de escuchar el trueno y de que una llovizna pequeña llegara a mojarle las botas. Ve la puerta y le responde:

– Como si esto sirviera palgo.

– De todos modos cierre bien, para que no se meta tanto bicho.

Culumbo descarga su morral en una esquina del rancho, se sacude el barro de las botas, pone la pistola en la mesa y dice:

– Calmado, Mocho, que vamos con el compañero.

El Mocho no escucha porque la llovizna que los venía acompañando se transforma en aguacero y piensa que hace mucho no veía un inicio de noviembre con tanta tormenta de relámpago y tanto ventarrón. Mira por la ventana del fondo y dice:

– Con este lapo de agua nos van a tener que recoger en voladora.

Saca una maleta pequeña y empieza a reunir las cosas que le faltan para irse. No es mucho: un collar tejido por La Caucana, unas insignias que robó en una toma de una estación de policía, por allá el 98, y un par de calzoncillos. Aunque recorre a ciegas el rancho, sabe con precisión dónde se encuentra cada una de sus cosas, no necesita tantear, sino que agarra al primer envión lo que está buscando. Siente que lo negro de la noche se niega a salir de su casa y que sería mejor prender una vela. De las paredes se desprende un olor húmedo que anuncia el moho en las tablas. Huele a un lugar que está siendo reclamado por el olvido, huele a promesa de ruina que dentro de poco estará cubierta por maleza.

– Mejor nos quedamos a oscuras, ¿cierto? Porque usted sabe, mijo, que las deudas del fusil no tienen fecha de vencimiento.

El Mocho lleva la mirada perdida en alguna idea o algún recuerdo y en su frente se dibuja el sello de la angustia. Su joroba parece cargar el peso de las sombras que hacen presencia



en el lugar. Se sienta en el suelo a cambiarse los zapatos por las botas de caucho y le dice a Culumbo:

– “Por aquí cundió el susto y la gente empezó a irse, de a puchitos, algunos pa’ donde sus familiares, otros a probar suerte en la capital. Es que no hubo trabajo y eso fue lo más duro, al maracuyá se lo comió el hongo, el pimentón se pudrió porque no existió camión capaz de atravesar la trocha y al cacao se lo llevó el incendio. Quedamos como al principio. Con una mano adelante y la otra atrás. Al Gutiérrez se le ocurrió que era mejor salirse en la madrugada, aprovechar la noche para quitarle la ventaja al enemigo, y un domingo se hundió en lo oscuro buscando un norte con su mujer y su hijo de brazos. Esos querían hacer vida en otro lado, como familia. Como muchos de los que estuvieron acá. Usted viera a ese niño, negrito y cachetón, se parecía más a Rubi.”

Hace una pausa y escarba en la oscuridad la mirada de Culumbo. Solamente lo ve cuando la luz de los relámpagos entra por la ventana y lo muestra de perfil, con un bípé en las manos.

– “¿Yo pa’ dónde iba a coger? Si mi hermano ya estaba muerto y era el único que me quedaba. ¿Para dónde? Yo solo aprendí a esconderme, en eso me la pasé toda mi vida, Culumbo. Mi deporte nacional fue correr con los corotos al hombro para que no me mataran. Así fue. Y otra vez a esconderme, ¿sí o qué, Culumbo? No hay de otra.”

Afuera un vendaval dormido arremete con ráfagas cortas e incesantes la casa del Mocho, buje y se abalanza sobre todo el caserío abandonado y, como queriendo cobrar una venganza, escarba la arena de sus calles y levanta el olor a tierra mojada, caliente por lo roja. La ventisca desoja los árboles que los incendios no pudieron quemar y el agua que cae por los tejados va formando pequeños riachuelos por las cunetas que atraviesan el caserío.

El agua empieza a empozarse en los ranchos donde el viento se robó parte de las tejas y parte de las tablas y fue a ofrecérselas al incendio que venía del occidente, porque el vecino, pariente de los Echeverry, le había prendido candela al llano, para sembrar palma y para meter vacas, y el llano no quiso soltar la candela y solo las primeras lluvias de este noviembre pudieron apaciguar las paredes de fuego. El mocho está listo, pero no puede estarse quieto.

— ¿A qué horas llegan?

— No demoran.

— Mijo, usted sabe cómo son las cosas, confirme las coordenadas, avise que ya estamos en el punto.

— Calmado Mocho, los caminos se dañan cuando llueve.

Culumbo dice eso sin ganas de decir algo más y se acomoda en las tablas del catre que no es más que un cementerio de chicharras, mojaculos y escarabajos. Hace almohada con una estopa y cierra los ojos avisándole al Mocho que es mejor que se acomode porque la espera va a estar larga. El Mocho camina de aquí para allá como si estuviera parado encima de un hormiguero y escucha a su rancho quejarse con crujidos de tablas que están a punto de romperse, con el chirriar de una teja que está a punto de salir volando. El sonido ensordece al Mocho y no lo deja escuchar algo distinto al desespero que se le cuelga en la nuca y que pronuncia la curva de su joroba. Se detiene porque los pies se le enredan con una tristeza y dice:

— “Van llegar de primero los sobrinos del Salgado que los camaradas. Es que a mí no me dejaron ni arrimarme a la cantina del pueblo y eso que yo solo iba por ver la pelea de gallos. Allá me la sentenciaron, en la cantina de Tierra Perdida. El más joven de los

Salgados se acercó a mi mesa a decirme – Que le van a cobrar la muerte de mi tío, y mientras eso pasa, que por aquí no se aparezca –. Alberto, el mayor de los Salgado, me miraba desde el fondo, riéndose, y le decía a Julito que me llevara otra cerveza y que pusiera a sonar *El jefe de jefes*. Yo no me acuerdo que lo haya matado, pero pudo pasar. Es que ya fue hace 20 años y pucho. Ya no es como antes, ¿o no me ve? Ya la vida me chupó el tuétano de los huesos, me aflojó las corvas y me quitó la mano con que apretaba el gatillo. Yo ya voy de salida, mijo. A mí me las cantaron porque ellos son así, les gusta meter miedo, juegan con eso, disfrutan verlo a uno andando como rata que busca madriguera. Yo ya pagué cárcel. Ya estoy viejo. Y si hubiera querido coger para otro lado, en esta situación, digamos que por puro aventurar, me tocaba pasar por el pueblo y yo no iba a caminar por ahí como paisano que va sin deudas. Ni que fuera el Capitán Franco, mi primer comandante, discípulo de Manuel Marulanda Vélez, su compañero de resistencia al hostigamiento en Marquetalia. Donde él ponía la bota se quitaban el sombrero, así era en todo Mulerías, en San Fernando, cuando el quinto frente apenas y tenía como 10 gatos, entre esos yo. Así era. Él me dio mi primera chapuza y mi primer revólver. Miraba fijo, a los ojos, con tanta vehemencia que uno no podía sostenerle la mirada. Tenía cejas gruesas y una patilla que le bajaba hasta la cumbamba. Decía que “no hay mejor entrenamiento que el primer combate”, y lo mandaba a uno, recién llegado, a inaugurar el instinto del guerrillero con la primera totazera. – ¡Así es que se tiemplan los hombres! – Eso me gritó cuando volví con vida. Eso no era como ahora, que les tienen campamento pa’ entrenar, o que había cursos, nada, eso era demuestre mijo quién es usted al calor de las balas. No había que hacer mucho tampoco, era una emboscada a un comando del ejército que bajaba todas las tardes a ver televisión, en el único televisor que tenía el pueblo. No fue mucho, pero fue la primera. Culumbo, ¿sí escuchó? Culumbo atento, ¿escuchó? Nos llegaron en caballo.

Alguien llegó en caballo, ¿usted sabe qué hacía con los empanochados el capitán Franco?  
¡Culumbo!..”

No responde, parece dormido o ausente. Y lo que sonó como cascos de caballos y como botas de jinetes estrellándose contra un charco, ahora solo suena como un aguacero que se deja caer con rabia. El mocho lleva el estómago apretado por la incertidumbre, siente que la muerte le respira en la nuca y que, en cualquier momento, desde afuera, alguno de los Salgado prenderá a plomo su rancho y entonces él no sabrá cuál fue el rostro de su asesino.

– “Bien puede ser que se juntaron con los Ramírez, ¿sí los distingue? Dicen que ellos fueron los que mataron a Jota Erre. Le llegaron en los caballos que les presta su patrón, caballos briosos, de hocico junto al cuello y mirada nerviosa, de esos caballos que parecen perseguidos por el putas, ¿sí los ha visto? En esos estaban montados cuando mataron a Jota Erre. Eso dicen, que a ellos les gusta trabajar con esos caballos. Estamos como carne de cañón, Culumbo, no se empanoche mijo, ¡Culumbo!, que de ahí lo van a levantar a plomo, porque nos van llegar por el frente. ¿Y los camaradas? ¿Ya le respondieron? Confirme el punto de encuentro. Yo escuché cantar al Silbón dos veces y eso no me gusta, La Caucana me enseñó a escucharlos, ella era amiga de los pájaros. Y él solo canta pa’ cosas feas. Hay que cubrir ese flanco, Culumbo. Hay que tener ángulo de tiro. Es que yo los quiero ver, por si me matan, para llevarme una idea del que lo hizo”.

Su mano agarra un cuchillo sin cachea y se va derecho a la esquina de su rancho, a escarbar un hueco en la tabla, a la altura del ombligo. Se asoma con el ojo izquierdo y ve, porque los relámpagos se lo muestran, el vaho que corre entre las calles del caserío y se desliza hacia

la mata, ve cómo el viento arrastra a las gotas gordas y ve un charco inmenso, que se extiende hasta el final del horizonte, como si la tierra se hubiera hecho sabaneta.

—Estese quieto Mocho... que ya vienen. No demoran, ¿Qué lo que tanto escarba?

—“En estos días me soñé con mi papá, Culumbo. En el sueño no tenía todos los años que llevo ahora, era más joven, y yo llegaba todo embarrado y el viejo me recibía, desde lejos me levantaba la mano para saludarme, después entrábamos a la casa y me señalaba dónde hacer el hueco. Así fue una vez en la mata, soñé que llegaban a bombardearnos, y al otro día me despierto, con ese hueco en el pecho que no me dejaba en paz, dándole materile a la idea de que iba a venir una marrana. Y así pasó. Yo sí decía que eso era por algo. Porque yo encontré a mi papá así, cuando yo era niño, haciendo esto mismito que estoy haciendo yo. Yo estaba durmiendo y a media noche empiezo a escuchar que unas uñas escarban y rastrillan con manos de desesperado, entonces me paré a ver qué era la vaina y me encontré al viejo, sentado en un butaco, abriéndole un hueco a la madera con un cuchillo. Él me vio y no dijo nada. Solo se paró y se fue a dormir. Yo también lo hice, y al otro día, bien temprano, nos despachó a todos. Llamó a todos sus hijos y a cada uno nos encargó un mandado. Pero yo fui el primero en volver”.

El Mocho habla y sigue escarbando el hueco con la impaciencia de un preso que le abre una entrada a la esperanza.

—“En sus últimos días, antes de hacer la maldad, había perdido la costumbre de levantarse temprano y sentarse en la silla mecedora a ver cómo amanecía. Estaba como todo ido de la mente. Salía al rastrojo, dizque a trabajar, y duraba hasta las 4 de la tarde dándole golpes al mundo con la pica. Después iba a la cantina del Conejo Aguirre y ahí se emborrachaba,

quietecito. No conversaba con nadie y nadie le dirigía la palabra. Alzaba la mano para pedir otra cerveza y de vez en cuando el Conejo Aguirre le aconsejaba — Ya es hora, Ismael. Solito y callado se estaba en su mesa mirando un punto fijo, acumulando cervezas. Se bajaba una tras otra y cogía camino cuando el trecho se hacía largo porque los pasos de borracho no tienen dirección. A veces iban a la casa a pedir que alguno de mis hermanos se lo llevara. Yo creo que el viejo no pudo soportar una segunda vez, un segundo abandono. Es que eso fue lo que hizo su segunda esposa, Araminta. Un día recogió los trastes y se fue a vivir en la casa que quedaba al frente. Tal vez ella quería que lo quería y que estaba cansada del trato de perros y de sus celos. Pero el viejo estaba envenenado. Los últimos días, cuando pasó borracho, no gritó sandeces en la puerta de Araminta, pasaba por al frente sin un solo reproche, sin una sola amenaza. Yo le dije a mis hermanos que en el pueblo estaban diciendo que a don Ismael se le iba a saltar el taco. Tulio, el de la tienda, ya me había advertido — Póngale cuidado a su papá, que está desbarrancao... Mejor dicho, todos los de Tatisito sabían de la mala ansia que le rondaba al viejo. Porque él estaba envenenado, las ganas de matar se le habían metido en el cuerpo y con mis hermanos vimos cómo la idea se le iba enroscando con el paso de los días. Hasta que llegó esa mañana en que nos mandó a todos pa' lejos. Y yo llegué de primero, donde Tulio, y paré a comprar arroz, cuando estalló el primer tiro — Corra mijo que su papá mató a Araminta, y yo corrí, rapidito me fui para la casa y cuando llegué todo estaba cerrado y empecé a gritar que papá, papá ábrame, a buscar un hueco pa' meterme y pum, estalló el segundo tiro. Es que el viejo estaba envenenado, pero yo no, Culumbo. Yo lo hago porque no me quiero morir por acá. Y aquí me iba a matar el hambre o los Salgado. Justo acá me decía, justo en esta esquina. Venga y se asoma y verá por qué. Yo no quiero morir por acá, sin alma que me llore. A mí me gustaría irme a morir donde quedó La Caucana, Culumbo. Por eso hago este hueco. Es que

cuando usted viene yo ya voy, y por el hueco vamos a ver si alguien baja de la carretera o sale de la mata, porque si llegan aquellos esto no va a ser pelea de tigre con burro amarrado. Yo me hago matar, Culumbo”.

El Mocho se queda con el ojo izquierdo pegado al hueco, en cuclillas, escarbando con la mirada cada rincón del horizonte que agita el vendaval. Piensa que los camaradas se están demorando mucho y que el tiempo corre a favor de su muerte. Quiere encontrar una señal que le devuelva el alma al cuerpo, un indicio de que van a venir por él antes de que lleguen a matarlo.

— ¿Sí escuchó?

— No escucho nada, Mocho, solo llover.

— Volvió a cantar, el silbón volvió a cantar, y cantó tres veces.

— No escucho nada, Mocho, siéntese que ya van a llegar.

— “Yo no quiero morirme acá, no quiero morirme por el balazo de un paraco, Culumbo. Eso no puede ser. Es que no pudimos organizarnos, porque nos quedamos sin dirección, no existió la voz que dijera, vamos todos por acá, que por acá es el camino, usted haga esto y usted aquello. Nada de eso pasó. La plata que nos iba a llegar de la ONU, para emprender proyectos agrícolas, no se pudo gestionar, porque quedamos en ley segunda, nos pusieron a vivir en zonas de reserva forestal. Y cuando nos ofrecieron esta vida cada quien empezó a pensar en lo suyo. Ahí nos ganaron, cuando cada quien empezó a ver solamente de lo suyo. Recuerdo al Julián, el del frente primero, cuando llegaba de la mata y arrimaba por acá, a decirnos —Ustedes están perdiendo el tiempo, los van a traicionar o peor, se van a olvidar

de que ustedes existen— Y yo le respondía — Solo el tiempo lo dirá— Y véame, ojalá Julián me reciba y me ayude. Porque él sabe dónde enterraron a La Caucana, y yo quedé de ir a devolverle su collar”.

El canto del silbón retumba en su cabeza, haciendo un eco, como signo de mal agüero. Él intenta sacudirse los miedos batiendo la cabeza, se frota el rostro con su mano y espanta de su pelo canoso las gotas de agua que le caen desde el tejado y que le resbalan por la nariz y por el cuello. Entonces siente cómo el frío que lleva el vendaval se cuela por las tablas y traspasa su ropa, metiéndose en la piel. Siente que se queda sin fuerza en las piernas para estar de pie y se sienta en un rincón del rancho, al frente de Culumbo y cierra los ojos.

—“Paula tenía la costumbre de las mañanas, llegaba a mi caleta cuando el sol salía y venía envuelta con el trino de los pájaros. Así la recuerdo. Me decía, con sus ojos cargados de luz — Otra vez me buscaron los colibrís —. Y yo no le creía, le decía que dejara de inventar tanta vaina. Hasta que un día la vi. Yo llegaba de una misión y antes de arrimar al campamento me la encontré en la guardia, no dejé que me viera, y me embosqué detrás de un yarumo, a verla. Ella estaba ahí, con el fusil en el suelo, jugando con las flores amarillas de un guayacán. Y lo vi. Vi cómo llegaban tres colibrís. Se le acercaban como si en la punta de su nariz tuviera una flor llena de néctar. Los colibrís subían y bajaban, revoloteando a su alrededor y ella les extendía la palma de su mano, como ofreciéndoles un lugar para descansar y los colibrís se suspendían en vuelo al frente de ella, como diciéndole algo, como contándole un secreto. Yo creo que tenía ese don por lo noble que era su alma”.



Aunque el mocho está sentado parece que el suelo no es suficiente para sostenerlo, porque lo atraviesa el temblor del que recuerda un momento de felicidad en medio de una asfixia.

—“Y un día me llegó, tocada por la muerte, a decirme que nos iba a pasar algo. Y ese día me quedé con ella, tratando de espantarle los miedos, pero no hubo palabra ni trato capaz de quitarle de sus ojos la angustia que tenía. Me decía —Escuche, escuche bien. Y yo no escuchaba nada. Se sentó a tejerme un collar, con los colores de los Nasa, porque ella era de allá. Y ahí se quedó quietecita, ahí la recuerdo, tejiendo su angustia en el collar. Después yo no supe que pasó. O sí supe, pero cuarenta días después, cuando salí del coma, en el hospital del ejército. Eso fue el 5 de noviembre del 2004. Una marrana pasó y nos descargó 500 kilos de bombas. Yo no las vi venir, solamente una fuerza me levantó del suelo y me mandó contra un árbol, y quedé ahí, sin poderme mover, abriendo y cerrando los ojos porque lo único que podía hacer. Después desembarcó el ejército y vi cómo fusilaban a los que habían quedado heridos. A mí no me vieron sino hasta cuando llegó el delegado para fiscalizar la operación, como tres horas después, entonces ya no me pudieron matar. Culumbo, ¿sí escuchó, Culumbo?”

— ¡Ya vienen, Mocho! ¡Ya vienen!

## Bibliografía:

Angel, Gabriel. *La luna del forense*. Medellín: Ediciones Magdalena medio, 2000, impreso.

Aranguren, Juan Pablo. “*Construcción del combatiente o el desdibujamiento de la subjetividad*”. Maguaré. Oct. 2007. 243-269. Digital:

<http://www.bdigital.unal.edu.co/15717/1/10404-19616-1-PB.pdf>

Beltrán, Miguel Ángel. *Las FARC-EP (1950-2015): Luchas de ira y esperanza*. Bogotá D.C.: Desde abajo, 2015, impreso.

Benjamin, Walter. *El narrador*. Trad. Pablo Oryazun. Santiago de Chile: Ediciones/metales pesados, 2008, digital: [http://pdfhumanidades.com/sites/default/files/apuntes/101 -  
\\_W Benjamin - El narrador 0.pdf](http://pdfhumanidades.com/sites/default/files/apuntes/101_-_W_Benjamin_-_El_narrador_0.pdf)

De Certeau, Michel. “La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer”. *Capítulo IX. Relatos de espacio*. Trad. Alejandro Pescador. México D.F.: UNIVERSIDAD

IBEROAMERICANA, 2000. Digital:

<https://circulosemiotico.files.wordpress.com/2012/10/de-certeau-michel-la-invencion-de-lo-cotidiano-1-artes-de-hacer.pdf>

Molano, Alfredo. *Ahí les dejo esos fierros*. Bogotá, D.C.: Debolsillo, 2009, impreso.

Molano, Alfredo. *A lomo de mula: Viajes al corazón de las FARC*. Bogotá D.C.: Aguilar, 2016, impreso.

Molano, Alfredo. «*Aproximación al proceso de colonización de la región del Ariari-Güejar-Guayabero*» en *La Macarena, Reserva biológica de la humanidad*. Bogotá D.C.: 1989,279-, Universidad Nacional de Colombia. Digital:

<http://bdigital.unal.edu.co/1435/7/05CAPI04.pdf>

Molano, Alfredo. *Desterrados, crónicas del desarraigo*. Bogotá, D.C.: Punto de lectura, 2005, impreso.

Molano, Alfredo. *Mi historia de vida con las historias de vida*. Ifre: 2015. Digital: <https://books.openedition.org/ifea/3472?lang=en>

Molano, Alfredo. *Los años del tropel, crónicas de la violencia*. Bogotá, D.C.: Punto de lectura. 2000, impreso.

Rulfo, Juan. *El llano en llamas*. Segunda edición. Bogotá D.C.: Fondo de cultura económica, 1953, impreso.

Scribano, Adrian. “Fantasmas y fantasías sociales: notas para un homenaje a T. W. Adorno desde Argentina”. *Intersticios*. 2008. Digital: <http://www.intersticios.es/article/view/2791>

Torres, Johana et al. *El vuelo de las gaviotas*. Bogotá, D.C.: Centro de memoria histórica, 2017, impreso.